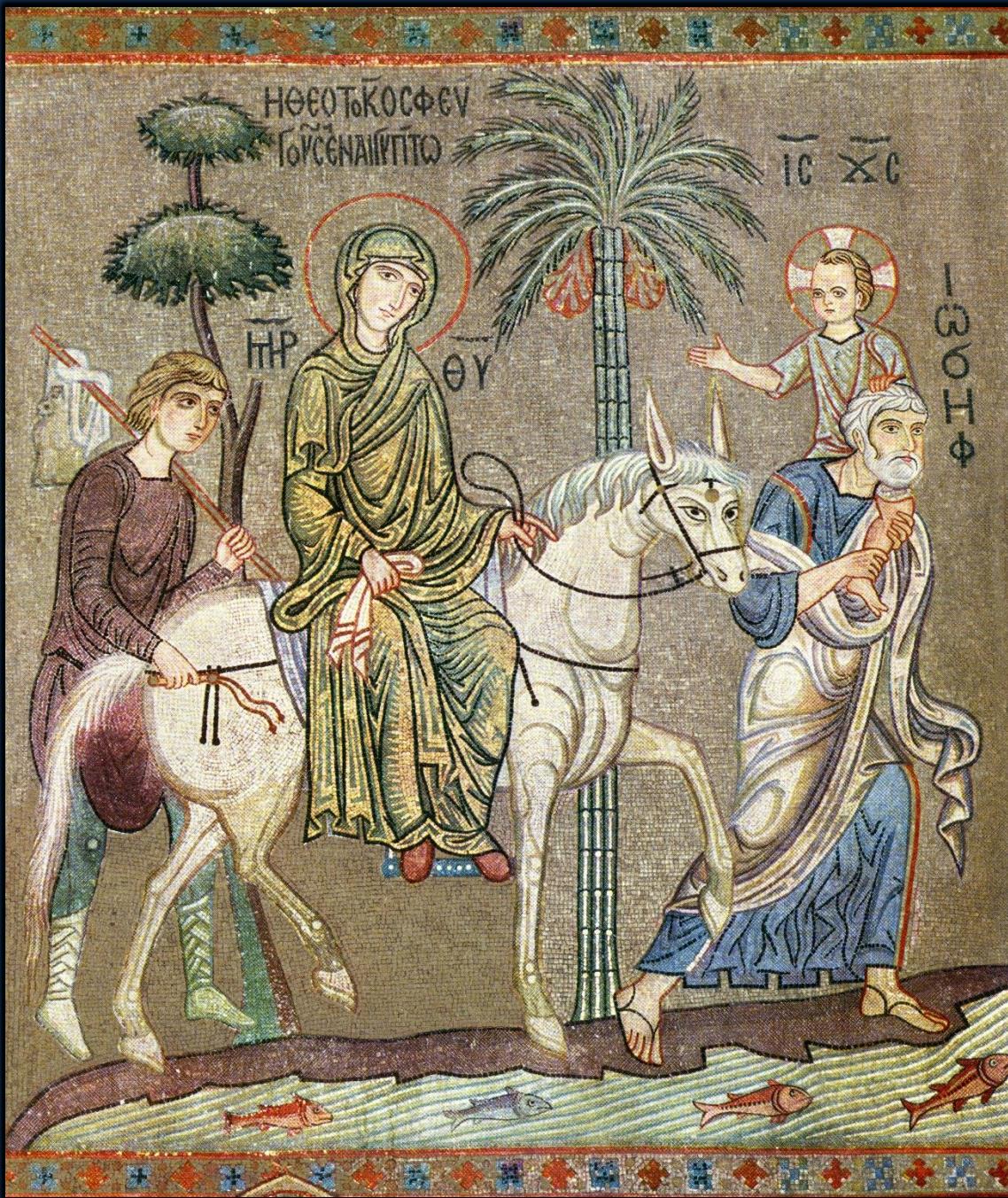


JOSÉ EN LA VIDA DE JESÚS



JUAN MANUEL GARCÍA DE ALBA S. J.

INDICE

INTRODUCCIÓN **José en la vida de Jesús**

José, desposado con María	1
José un hombre joven	3
José, un hombre justo	5
José, inseguro ante el matrimonio	5
Dios se comunica con José	7
El matrimonio de José y María	9
¿Cómo era la fiesta de bodas?	10
María, mujer de José	12
Visita a Santa Isabel	14
José en el nacimiento	16
La circuncisión de Jesús	23
La imposición del nombre de Jesús	25
La presentación en el templo y el rescate	27
La purificación de María	29
José y los magos	31
José huye a Egipto	32
José vuelve a Nazaret	33
José un padre libre, consciente y responsable	34
José un hombre sabio, para Jesús	55
José hombre de trabajo	36
José como maestro carpintero	37
José, padre atento y delicado	38
José como educador	38
José, como pedagogo	41
José compañero de juego	43
José como modelo	44
José, como "Padre de familia"	46
Jesús crecía a la sombra de José	48
José y María llevan a Jesús al Templo	49
José no comprende	55
Jesús "les estaba sujeto"	57
José oculto en la vida oculta	60
Jesús, hijo de José, según se creía	62
La muerte de José	64

PRESENTACIÓN

La obra de José en la vida de Jesús nos invita a la reflexionar en el valor de la paternidad humana, la cultura en el tiempo de Jesús y la importancia que debieron tener en su formación.

Sin considerarse un estudio exegético, ni bíblico, introduce a la cultura del tiempo de Jesús, en algunos aspectos. A partir del texto del Evangelio, la obra desentraña implicaciones absolutamente coherentes con la cultura del tiempo, en otros, con sugestiva imaginación, nos ayuda a contemplar a José y a Jesús, sin despegarse de lo que pudo ser una realidad histórica.

A partir de los escasos pasajes de José en el Evangelio, Juan Manuel pone en José una de las relaciones más preciosas del ser humano, su paternidad. Narra cómo la paternidad de José fue modelando a Jesús, desarrollando sus aspectos y suponiendo la cultura judía y bíblica, sitúa al lector de lleno con uno de los mensajes centrales de Jesús. Por ejemplo, para nada se menciona en el Evangelio que José jugara con Jesús, pero

resulta enteramente razonable suponerlo y considerar que su relación intervino, decisivamente, en el desarrollo de su conciencia respecto a su filiación divina. Jesús no pudo considerar a Dios Padre, “Abba”, papá, si José no hubiera sido un “padre atento y delicado con él”.

Resulta interesante pensar que, a partir de su condición de hijo de José, Jesús se dirige a Dios como su Padre y luego él lo propone así a sus discípulos, como modelo de su relación con Dios; si hay un Padre de todos, entonces todos somos hermanos.

En el fondo se puede decir que a partir de sus padres, su cultura y circunstancias y, principalmente, de su corazón, Jesús extrae el Evangelio. De haberse dejado influir por las personas y sus circunstancias surge su mensaje. José en la vida de Jesús sugiere pensar que en el Evangelio las personas son decisivas en la vida y mensaje de Jesús. Se podría decir que Jesús nos invita a considerar de qué modo se ha dejado, y se deja, influir por nosotros.

Este esbozo de un aspecto antropológico, la paternidad de José en la vida de Jesús, nos invita a considerar lo decisivo de nuestra vinculación existencial con Jesús, de sus circunstancias con las de nosotros, de su experiencia de vida con la nuestra.

Federico Portas Lagar
Coordinador de Servicios Automatizados de Información
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos, SJ
ITESO

JOSÉ EN LA VIDA DE JESÚS

Es importante advertir que reflexionar en profundidad en lo ordinario de nuestra propia vida nos puede ayudar mucho a conocer y valorar la vida de Jesús, sobre todo en aquello que tiene de humano. Porque nuestra vida vivida en profundidad es una ventana abierta para conocer a Jesús, a José y a María.

Este relato podría considerarse como un apócrifo y fruto de la imaginación, porque carece de fundamento directo histórico. Pero no carece de fundamento humano, porque la biografía de todos los hombres, y la de Jesús en el Evangelio, refleja sus experiencias.

José, desposado con María

La primera noticia que el Evangelio de Mateo nos ofrece sobre José, es que era “*hijo de Jacob, y que era el esposo de María de la que nació Jesús llamado Cristo*”. El que José era el esposo de María es un dato estrictamente histórico y apare-

ce, la mayoría de las veces, vinculado con María como esposo fiel —5 veces como esposo, 2 como desposado—.

El nombre de José era bastante común en el pueblo de Israel. El primero fue el hijo de Jacob y Raquel. Su historia prefigura la de Jesús.

Jn 4,5; Hb 11,21s.

Gn 30,23s.

Mt 13,55;
Mc 6,3; 15,40.

El nombre es hebreo y significa, por una contracción verbal, *“que Dios te dé más hijos”*. Jesús tuvo un hermano —primo— llamado José. Y en el Evangelio aparecen otros más, como José de Arimatea.

San Mateo nos dice que José era hijo de Jacob, y por lo tanto, éste era el abuelo —legal— paterno de Jesús; pero Lucas nos presenta otra genealogía, y nos dice que el abuelo de Jesús era un tal

Mt 1,16.

Elías. Las genealogías en ese tiempo eran rigurosamente cuidadas. A pesar de las diferencias, explicables por muchas razones, lo importante es reconocer en Jesús a un descendiente de David, porque eso era requisito indispensable para ser el Mesías.

Algunos autores han querido relacionar a Jesús con la casta sacerdotal de Levy, por medio de María. Dado que era prima de Isabel, esposa de

Lc 1,5.

Zacarías descendiente de Aarón. Pero el derecho sacerdotal se heredaba solamente por parte del padre y José era de la tribu de Judá. Para los evangelistas era mucho más importante vincular a Jesús, como Mesías, con la casta de David que con la casta sacerdotal.

San Mateo presenta a José como el que de tiempo atrás había sido desposado con María. Los

desposorios judíos suponían un compromiso tan real que al prometido ya se le llamaba esposo y estaba sujeto casi a todas las responsabilidades de éste, especialmente a la fidelidad, y no podía quedar libre más que por el repudio. Pero ese derecho solo pertenecía al varón.

Mt 1,19.

Mt 5,31: Mc 10,2.

En las costumbres semitas del tiempo de Jesús, la mujer, al salir de la casa paterna, se convertía en propiedad de su marido. Ella dependía totalmente de él. Y la personalidad del marido absorbía, por decirlo así, la personalidad de la mujer. La mujer se encargaba de atenderlo en todos los aspectos, de tener la casa limpia, de cuidar de los hijos mientras eran pequeños, de preparar la comida, de hacer y lavar la ropa. Todo esto era un trabajo inmenso y poco reconocido. Cuando la mujer cumplía con todo, lo único que había hecho era cumplir con sus obligaciones y así ser una buena esposa. El hombre debía respetar a su mujer, pero tenía pleno derecho sobre ella.

De esa manera José fue “*el padre de familia*” —pater familias— en la que nació, creció y se educó Jesús. Pero José, porque era un hombre bueno y santo, nunca abusó de sus atributos sobre María y Jesús. San Mateo nos dice que era un hombre justo.

José un hombre joven

Era costumbre en el pueblo de Israel que los matrimonios se realizaran a temprana edad. No era propiamente un acontecimiento religioso, ni en Israel ni en el antiguo oriente, sino asunto privado y social entre dos familias. El Padre

Gn 24,2s; Dt 7,3;
Jc 14,2s. debía elegir la esposa para el hijo quien por medio de una dote adquiría a la esposa para su hijo. En tiempo de guerra podía raptarla o ser parte del botín. Pero también se da el matrimonio por amor, cuando los jóvenes se conocen con anterioridad en el trabajo del campo, y El Cantar de los Cantares nos habla de una pareja que se ama tiernamente.

La mujer se tomaba preferentemente del propio linaje. De este modo los bienes debían permanecer en la misma tribu. En el judaísmo tardío la edad apta para el matrimonio de una niña eran los doce años, y trece para el joven, pero normalmente se contraía hasta los dieciocho años del joven. Antes se consideraban desposados, que era ya un compromiso real y una especie de matrimonio. Cuando se ha pagado el precio de la esposa ésta viene a ser propiedad del marido, y ella, la que pertenece a su señor. El precio era una forma de compensación. Todo esto empezaba a fungir cuando la mujer entraba a vivir en la casa del esposo —la boda—. Al marido le tocaba entonces mantenerla y protegerla. Lo que se significaba cubriéndola con el manto.

Por estas razones José debió ser joven o niño, cuando fue desposado con María. Pensar que era un hombre viejo o viudo, va contra las costumbres del pueblo judío y parece un artificio para defender la virginidad de María o justificar la alusión a los hermanos de Jesús, como si se tratara de medios hermanos.

Gn 1,28;9,1; 24,60;
Tb 6,22. El fin del matrimonio era principal y casi exclusivamente la procreación . Los hijos numero-

sos eran la bendición de Yahveh, la falta de hijos, Sal 127,3; Gn 30,1s. una desgracia que se tenía como castigo de Dios. Jr 18,21; Is 47,9. Pero todo esto no excluía el amor sincero.

José, un hombre justo

En la familia hebrea, al padre o jefe de familia, le tocaba no solo presidir la comunidad familiar, sino también cuidar del estricto cumplimiento de todas las normas religiosas, él debía iniciar el rezo del Shemá y probablemente de algunos salmos, tanto al principio como al fin del día, le tocaba bendecir a Dios por los alimentos preparados por la esposa. A Jesús le impresionaba la devoción con que José daba gracias a Dios y bendecía los alimentos. Esta costumbre casi ritual la hizo suya hasta el fin de su vida y de alguna manera prefiguraba la Eucaristía.

Mt 14,19; Jn 6,11;
Lc 24,30.

El hombre justo era un hombre empeñado en cumplir hasta lo último las obligaciones religiosas expresadas en la ley judía y en las costumbres cultuales. Pero también le tocaba proveer todo lo necesario para el sustento del hogar. En el tiempo de Jesús el ambiente familiar era prácticamente un templo doméstico y el padre de familia una especie de sacerdote y catequista, la madre aparecía como sacristana y siempre en los últimos puestos de la pequeña asamblea. Ni siquiera le estaba permitido encabezar el rezo del Shemá. En ese contexto se desarrolló Jesús durante sus primeros años.

José, inseguro ante el matrimonio

“Antes de empezar a estar juntos, María se encontró encinta por obra del Espíritu Santo”. —El Es-

-
-
- píritu Santo era la fuerza y la vida de Dios que se comunicaba al ser humano. No se consideraba como tercera persona de la Santísima Trinidad, por eso no se dice que Jesús sea hijo del Espíritu Santo, sino Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo—. *Su Esposo José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto*”. El embarazo de María debió ser un gravísimo problema para José. Pudo haber pensado: ¡Cómo es posible que esa mujer que se ve tan limpia de corazón, tan santa y tan buena, pueda estar embarazada! Yo no he convivido con ella. Yo soy su legítimo esposo. Las cosas son evidentes. Hablan por sí mismas. No sé cómo pudo suceder. ¿Fue infiel a Dios y a mí que soy su esposo? ¿La violaron?
- Mt 1,18-19.
- La justicia de José consiste en la observancia de la ley que manda: “*Si no aparecen en la joven las señales de su virginidad, entonces se la sacará a las puertas de la casa de su padre y sus conciudadanos la apedrearán hasta que muera, por haber cometido una infamia en Israel prostituyéndose en la casa de su padre*”.
- Dt 22,20. 24.

Estos textos nos hacen caer en la cuenta de la gravedad del asunto, y de la confusión que debió tener José. Por una parte debía cumplir la ley, o por lo menos repudiar a María y no convivir con ella; pero por otra parte ya la quería mucho y se sentía incapacitado de hacer cualquier cosa que la hiciera sufrir.

José era un hombre justo, es decir, observante de la ley, pero también muy bueno. Incapaz de hacer un daño a su amadísima María. Por eso “*no*

quería ponerla en evidencia y resolvió repudiarla en secreto”. ¿Sería esa una solución, según Dios? En su corazón había una lucha entre la bondad y la justicia. Y ganó la bondad. Esta solución no estaba prevista por la ley.

Su bondad estaba en relación directa con su amor. ¡Qué días y qué noches debió pasar! Parecía ser el fracaso de su vida. Hubiera preferido morir que pasar por eso. En medio de tanta desilusión, confusión y pena, lo venció el sueño y se durmió profundamente.

Dios se comunica con José

En el Antiguo Testamento el Ángel de Yahveh es Dios mismo que se comunica por medio de un signo personal visible, a quien se llamaba “Ángel de Yahveh”, y se presentaba para desempeñar un oficio particular. Los ángeles no eran tanto “miembros de una corte celestial”, como después se les idealizó, ni soldados de un ejército, sino solo servidores de Yahveh. A través de los ángeles Dios se comunicaba con los hombres. Así se les reconoce en el Nuevo Testamento. Mateo habla en singular: “*El Ángel del Señor*”.

Gn 16,7.9; 21,17;
22,15; 28,12; 31,11;
48,16; Ex 3,2; 14,19;
23,20; Nm 22,22s.

Mt 1,20.

Cuando José dormía, tuvo un sueño. Para nosotros los sueños tienen poca, o ninguna importancia. Son expresiones involuntarias de nuestro inconsciente. Como manifestaciones de éste pueden ser muy significativos. Pero también pueden ser una forma de comunicación con Dios y de Dios. Dios puede servirse de todo, y todo nos puede servir para conocer a Dios. Como medio,

el sueño puede ser tan importante como una visión o una aparición.

En el caso de José, Dios se sirvió de un sueño para decirle algo de extraordinaria importancia, algo que cambió su vida para siempre. *“El Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu esposa”*. Al oír su nombre por boca del ángel y su ascendencia davídica, José se sintió tocado en lo más vivo y personal. Se sintió *“conocido por su nombre”* y tomado en cuenta, es decir sintió que Dios había escuchado su oración y que había sido testigo de su angustia. Por eso le dice el ángel: *“No temas”*. Dios siempre se aparece para dar seguridad y confianza. Casi podríamos establecer como principio de discernimiento que cuando no hay seguridad y confianza no se trata del verdadero Dios. El Dios de los cristianos es un Dios que causa seguridad, confianza y alegría, no un Dios de temor y miedo. *“No temas, es decir, no dudes en tomar contigo a María tu esposa”* porque se trata de la obra de Dios por excelencia, que es la plenitud de su comunicación. Y es también el sentido último de la creación. Por lo menos José comprende que se trata del Mesías a quien han esperado durante tanto tiempo los patriarcas y profetas, y todo el pueblo de Israel.

El matrimonio de José y María es algo pensado Ef 1,3s. por Dios desde antes de la creación del mundo, y ese es un matrimonio según el corazón de Dios y confirmado por El.

No hay ningún precepto de matrimonio excepcional. La virginidad matrimonial resulta difícil

de aceptar en las costumbres judías. Porque para un verdadero israelita, el abstenerse de tener hijos, y más estando casado, era por sí mismo algo opuesto a la voluntad de Dios.

Jc 11,37-40;
Gn 38,1s; Mt 22,24s.

En tiempo de José ya había sectas judías que optaban por el celibato, como los monjes de Qumrán. Pero la motivación era despectiva con respecto a la sexualidad humana y a la mujer. Jesús mismo confirma el valor del matrimonio y justifica la virginidad únicamente por el reino de los cielos. Mt 19,12.

José era un hombre de discernimiento. Lo necesitó para reconocer la acción de Dios en sus sueños y no atribuirle meras suposiciones y deseos. En su sueño, el ángel representaba la voluntad de Dios.

El mensaje que se le comunica es de suma importancia, porque se trata de la venida al mundo del Mesías.

El matrimonio de José y María

María y Jesús, no José, asistieron a la boda, posiblemente de unos parientes en Caná de Galilea, Jn 2,1s. al principio del ministerio público de Jesús. Pero José tuvo una boda mejor, no por la abundancia de vino, sino por su significado y trascendencia.

Al poco tiempo de su sueño, José quiere realizar la boda y comenzar a convivir con María, aún para resguardar la santidad de María. El amor trae consigo la confianza. José vive de la confianza en Dios, que por medio del ángel se le ha comunicado, y de la confianza en María.

En un día determinado por ellos y al caer la tarde, José con sus parientes cercanos y amigos, se dirige a la casa de los padres de María para llevarla de forma solemne y festiva a la casa de sus propios padres. Según la fe de la Iglesia, José y María, después del anuncio del ángel pudieron haber decidido la consagración plena de los dos a Jesús, aún no nacido.

La virginidad en Israel no era común pero tampoco absolutamente rara. Antes del matrimonio se daba una gran estima y quizás hasta sobrevaloración de ella, como vimos en el texto del Deuteronomio. Los monjes de Qumrán eran no casados, célibes. Veían como impureza legal todo lo relacionado con el sexo.

Juan Bautista no se casó, ni tampoco Jesús. Los judíos podían interpretar su celibato como signo escatológico. El fin del mundo está próximo, ya no vale la pena casarse. En el caso de José y María la virginidad matrimonial solo podía significar consagración a Dios.

¿Cómo era la fiesta de bodas?

Las fiestas de bodas eran diferentes en cada región, como lo son actualmente. Pero más o menos eran así, lo que podemos deducir del relato de la parábola narrada en el evangelio.

Tanto el novio como la novia, la desposada, se preparaban con vestidos especiales y coronas de flores para la fiesta, en sus respectivas casas. La Virgen debió parecer preciosa, como la Macarena, pero de fiesta, no de luto.

Mt 24,19s.

Mt 25,1-13.

Al novio lo acompañaban sus hermanos y amigos invitados. Todos felices. La alegría de José era inmensa; se iba a casar con la mujer amada, además esa mujer iba a ser madre de un hijo varón que de alguna manera también sería suyo, era el Mesías, Hijo de Dios. Y él era el elegido para responsabilizarse de María y para educar, cuidar y proteger al que era la esperanza y la gloria de Israel. Mc 2,19; Mt 9,15.

A la novia la acompañaban sus hermanas y amigas, comúnmente no casadas, de ahí el nombre de vírgenes. Pasaban el día con música, bailes, comida y juegos. Fuera de José, nadie sabía la situación de María.

Por la noche, en la casa paterna, iluminada con muchas lámparas y antorchas, la novia esperaba la llegada del novio, acompañada de sus familiares y amigas.

El novio salía de su casa, en un desfile de luces. Lo seguían sus amigos e invitados, y se dirigían a la casa de la novia.

Las amigas dejaban a la novia y salían al encuentro del novio. La novia esperaba a todos, al novio con sus familiares y amigos.

El novio tomaba a la novia y la conducía a “su casa paterna”, en un desfile festivo y en un mar de luces.

Ahí celebraban un banquete con los invitados del novio y de la novia.

El punto cumbre y final de la fiesta era la entrada del novio con la novia en la casa paterna, que tenía lugar en una hora de la noche.

Indudablemente que José y María debieron tratar por extenso la situación de María. Para José, María esperaba al Mesías, Hijo de Dios. Esto lo llenaba de asombro, admiración, veneración y alegría.

La boda no era un acontecimiento religioso, sino social y civil. Duraba siete días, y en el caso de José y María debió ser una celebración espléndida, pero pobre; no podría ser de otro modo. Aunque las familias de uno y otro echaran la casa por la ventana. Algunas de estas costumbres se conservan todavía en Israel y entre los palestinos.

José cambia completamente la vida de María. Será una mujer comprendida, privilegiada y venerada en el corazón de José. Pero ahora José tiene toda la responsabilidad sobre María. Segundo la costumbre de Israel: *“El marido es cabeza de la mujer, la mujer debe ser sumisa a su marido en todo”*. Ya no depende de sus padres porque ella es su verdadera esposa, y María ya no es una niña. De ahora en adelante deberá andar siempre no solo con manto, sino con la cabeza cubierta con un velo, y al salir a la calle deberá seguir a José unos pasos atrás de él.

María, mujer de José

Mt 1,20. *“José, hijo de David, no temas recibir a María como mujer tuya”*, le dijo el ángel. El texto griego de Mateo habla de María como mujer de José. En

otras ocasiones la presenta como María la madre de Jesús.

Mt 1,11; 2,11.21;
13,55-56; 12,46-50.

En las costumbres judías del siglo primero la mujer se consideraba como una posesión del marido, era algo suyo, algo que le pertenecía, y éste era celoso de ella, como de algo propio. A la mujer la calificaba su esposo, “mujer de José”, y ella se sentía poseída por él. Antes del matrimonio podrían no sentir interés particular el uno por el otro. El desposorio lo habían contratado los padres de ambos.

Previamente, en una visita familiar, los padres de la novia ponderaban sus cualidades, su amor al trabajo, sus habilidades. Otro tanto hacían los padres del novio, hasta que finalmente llegaban a un acuerdo sobre la dote. Parecía un verdadero regateo comercial.

Pero independientemente de estos convenios, la mujer vivía siempre contenta como mujer de su esposo. Éste poseía a la mujer, pero no se decía que la mujer poseyera al esposo. Como sucede actualmente, la mujer asume el apellido de su esposo, añadiendo a su nombre un “de” que significa pertenencia, pero el esposo no asume el apellido de la mujer, mucho menos si es viudo.

A la mujer la calificaba su esposo, y estaba unida a él en la honra, los privilegios y las obligaciones. Corría por entero la suerte del esposo.

En la mentalidad hebrea el hijo pertenecía exclusivamente a su padre, no a la madre. Lo que tocaba a la madre era llevar en su seno al hijo durante nueve meses, y amantarla durante dos o

Cf Lc 11,27. tres años. Esto le daba un significado especial a la virginidad de María porque su hijo Jesús pertenecía a Dios desde su concepción y no a José. Cf Lc 1,20s. Para algunos padres de la Iglesia servía de argumento para probar la divinidad de Jesús. Como si dijéramos: Jesús es Dios por parte de Padre y hombre por parte de madre. Es evidente que esta no es la fe de la Iglesia, que entiende a Jesús como uno y el mismo, totalmente Hijo de Dios y totalmente Hijo de María. Jesús es, en la fe de la Iglesia Dios y hombre, tanto por ser Dios su Padre, como por ser María su madre. La condición divina de Jesús no es consecuencia de su concepción virginal.

De acuerdo con las costumbres judías san Pablo recuerda a las mujeres que deben estar sumisas a sus maridos en todo, porque el varón —marido— es cabeza de la mujer. Y ésta debe *“estar sujetada en todo”* a su marido. Éste, por su parte, debe amar a su mujer como a su propio cuerpo, y dice que quien ama a su mujer, a sí mismo se ama. Nadie ha odiado jamás a su propia carne. Para Jesús y para san Pablo son una sola carne por el hecho de ser esposos.

Cf Ef 5,20-25.
Mt 19,5; Mc 10,8;
Ef 5,31; I Cor 6,16.

Visita a Santa Isabel

Hay una escena en el evangelio de la infancia donde José no aparece. Nada raro en el evangelio de san Lucas que se ahorró todo lo que pudo el nombre de José, quizá para que no hiciera sombra a la virginidad de María. Lucas escribe su evangelio a cristianos de origen pagano —griegos— que no solamente no se extrañan del lugar que el evangelista concede a María, y las mujeres

en general, sino que hasta echarían de menos la presencia de María y la participación de las mujeres en el anuncio del reino. Lucas pasa por alto los temas que solo tienen valor para los judíos; podríamos decir que es el más griego y ajeno a las costumbres y tradiciones judías.

Mt 15,1-20;
Mc 7,1-13.

La escena que sigue a la anunciaciόn es el viaje de María a la regiόn montañosa de Judá. Ahora se le reconoce como Ain Karim, a seis kilómetros al oeste de Jerusalén. A esto habría que añadir la distancia de Nazaret a Jerusalén que aumentaría más de cien kilómetros, lo que se podría recorrer en cuatro días aproximadamente. Era un viaje largo y encerraba ciertos peligros. Es de pensar que la Virgen no podía ir sola. Ya era una mujer desposada y embarazada, aunque esto último aún no se echara de ver. Muy probablemente José debió acompañarla. En estos momentos José ya había sido informado sobre la concepción de Jesús por el Ángel de Yahveh y muy seguramente también por María.

José también creyó las cosas que le fueron dichas de parte del Señor, por eso puede ser contado entre uno de los primeros que *“son felices por haber creido”*. José era un hombre que había abierto su corazón a Dios y por eso, un hombre de fe y feliz. José creyó en el anuncio del ángel, aunque fuera en sueños y creyó a María, aunque para un judío la mujer no era una persona en quien se pudiera confiar. De esa manera fue un hombre abierto a Dios en lo misterioso y ambiguo de la vida.

Lc 1,39s.

-
-
- Sucedió que “*al sexto mes*” de la concepción del Bautista, el Ángel anuncia a María la concepción del Hijo de Dios, y María permanece con su prima Isabel “*tres meses*” más. Lo que hace pensar que fue y estuvo presente el tiempo necesario para ayudar a su prima Isabel en el parto y en el tiempo previo al parto; cuando las mujeres necesitan más ser ayudadas.
- El canto del *Magnificat* es una himno compuesto por Lucas y atribuido a María. Parece una glosa del canto de Ana, la madre de Samuel. Se puede advertir un claro paralelismo entre Samuel y Jesús. Samuel fue un gran profeta que escuchó la voz de Dios desde niño, como la escuchará y cumplirá Jesús.
- José en el nacimiento**
- San Lucas sitúa el hecho dentro de la historia contemporánea. Jesús es el centro de la historia; el que le da su sentido, el que plenifica el tiempo. La narración del nacimiento tiene un sentido plenamente cristológico. A través de la estructura artística del relato, el evangelista presenta la manifestación, o encarnación del Hijo de Dios en el Hijo de María.
- Jesús pertenece a la descendencia de David, porque José era su descendiente. Este niño es el Mesías y en él se cumplirá la promesa hecha a nuestros padres. La Virgen está “*desposada con un hombre, llamado José, de la casa de David*”. “*Y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, su reino no tendrá fin*”.

Pertenecer a la casa de David y ser su descendiente eran, por las profecías, requisitos indispensables para el Mesías. Que Dios le de el trono de David, y que su reino no tenga fin eran promesas hechas al Mesías. Is 9,6; Dn 7,14.

“Se le llegó el tiempo del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito”. Como en todo nacimiento esto debió ser un momento de angustia para José y para María. La cosa no estaba del todo prevista ni preparada; el lugar no parecía adecuado. No estaban presentes las personas que podrían ayudar. El nacimiento de Jesús lo presenta el Evangelio como un nacimiento enteramente normal, y en todo punto verdadero, como la muerte. Como verdaderamente murió, verdaderamente nació.

Es un momento importantísimo para María, para José y, desde luego para Jesús. Este momento constituye a María como verdadera y auténtica Madre. La calificará para siempre como la Madre de Jesús. Su virginidad estaba en función de su maternidad. No fue madre por ser virgen. Sino porque iba a ser la madre del Hijo de Dios fue virgen e inmaculada. Pensar que la Virgen pierde su integridad al dar a luz al Hijo de Dios, es poner en lo corporal lo que pertenece al espíritu y a la persona. Si así fuera, Cristo habría perdido su integridad corporal y personal al ser circuncidado. La maternidad de María es su gloria principal y de ninguna manera la hace menos digna, sino por el contrario, más auténtica madre de Jesús.

Fue también un momento muy importante para Jesús porque empieza a vivir como todo ser humano. Empezar a respirar fue toda una hazaña.

Se empieza a vivir desde el seno materno, pero comúnmente hablando la vida empieza con el nacimiento; quizá porque la fecha del embarazo es un tanto incierta.

Jesús pudo decir, como cualquier persona: te doy gracias, Padre, por haber nacido, y nacido bien. La obra por excelencia de Dios es haber enviado a su Hijo al mundo.

Para José es el acontecimiento más grande de su vida, aunque milagrosamente, tendrá un auténtico descendiente. A José le tocará desempeñar la responsabilidad de Dios, hacerse cargo de su Hijo... La filiación divina y la paternidad humana no son cosas que se excluyen y rechazan, sino que se complementan y se explican mutuamente. Haber nacido es la condición necesaria para vivir; califica a Jesús como auténtico ser humano. Con Él y en Él empieza una verdadera historia. Jesús nació pobre porque sus padres eran pobres. Fue pobre como los pobres, sin opción.

El imaginar no es un ejercicio ajeno al Evangelio, ni a los evangelistas, y ayuda mucho a la contemplación. Si María verdaderamente dio a luz, y si Jesús verdaderamente nació, ¿Quién recibió al niño? ¿Quién lo aseó? ¿Quién le cortó el cordón umbilical? ¿La misma Madre? ¿José? ¿Una comadrona? En las representaciones bizantinas del nacimiento nunca falta José, aunque siempre está presente, lo imaginan viendo hacia otra par-

te, como por respeto a María. No hay que pensar que Jesús apareció en los brazos de María sin ningún trabajo, porque eso no es nacer, ni dar a luz, ni explica la purificación por la sangre derramada en el alumbramiento. Para san Pablo Jesús era un “*nacido de mujer*” y a los romanos les dice que Jesús es “*nacido del linaje de David según la carne*”. José fue un testigo presencial de la realidad del nacimiento de Jesús.

Jesús nació de María. En griego se usa la preposición “ex” que significa “salir de”, “proceder de”. Indica separación, movimiento, origen. Como una fuente surgida de la tierra, así lo usa san Pablo y se usa en el credo: “nacido de mujer” y “nacido de santa María virgen”.

“*No había para ellos lugar en la posada*”. La frase se encierra cierta pena, es una especie de queja. “*Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*”, dice Juan. Todo esto debió ser una gran pena para José. ¡Su hijo primogénito, el Mesías, y no tenía un lugar adecuado para venir al mundo! Sucedido que nació fuera de la ciudad, como murió también fuera de ella, y se le puso en un pesebre, como colgó de un madero, vino al mundo desnudo y murió también casi desnudo.

Es posible, por otra parte, que las grutas de los animales estuvieran en la planta baja del mesón y, no habiendo lugar arriba, José y María tuvieron que bajar al lugar donde dormían los animales. Aunque el acontecimiento haya sido casual, resultó un signo de inmenso abajamiento.

Lc 2,22; Lv 12,1 8.

Gl 4,4.

Rm 1,3.

Gn 2,6.

Jn 1,11.

Mt 27,35; Jn 19,24;

Sal 22,19.

Lc 2,8. La parte central en el relato de Lucas es el anuncio del ángel, que no se hace a la gente importante, sino a los pastores, los pobres, los humildes, los marginados. El anuncio se hace por medio de un ángel. Los ángeles son instrumentos de la presencia y la revelación de Dios.

Dz-H 291. Existen documentos autorizados, de san León Magno, en el año 449 donde se declara como fe de la Iglesia la virginidad de María en el parto. Sabemos que en la fe definida tiene mucho qué ver la devoción de la gente, la fe del pueblo, y la visión que se tiene sobre la dignidad de la sexualidad. Cuando se piensa que “nacer de una mujer” es algo indigno de Dios, como pensaban los marcionitas, se rechaza la realidad de la encarnación.

“Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo”. El motivo de la alegría para los pastores es que ha nacido su liberador, su Mesías, el que cambiará sus vidas para bien. Lo que aquí se anuncia, el tema de esta “evangelización” no es el reino como acontecimiento, ni una doctrina, ni un mensaje, es todo esto y más: es el nacimiento de una persona, Jesús. En él se contiene todo el Evangelio, él es el Sí de Dios, su don, su Palabra, su presencia y todo lo que Dios puede ser para los hombres. Este anuncio y esta alegría son algo que pertenece a todo el pueblo, es decir a todos los hombres, pero de modo muy particular es algo que toca a José y María. Porque en un nacimiento los primeros afectados son los padres.

En Lucas, el nacimiento de Jesús se presenta ya como un acontecimiento universal. *“Todos verán*

la salvación de Dios"; "*Ha nacido el Salvador de ustedes*". Esta es la causa de la gran alegría, este es el centro del mensaje angélico. El título de Salvador para Jesús, compendia en Lucas toda la vida y actividad de Jesús. Jesús nos salva por lo que hace, pero también por lo que es.

El signo de la salvación es la realidad de este niño "*envuelto en pañales y recostado en el pesebre*". María preparó los pañales, José aderezó el pesebre.

Luego Lucas pone en escena una multitud de ángeles que alaban a Dios diciendo: "*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*". Lucas ha construido un nacimiento literario para trasmitir un mensaje teológico fundado en la realidad de un nacimiento que tuvo que haberse dado en unas circunstancias más o menos semejantes a las que él narra. Pero lo importante no son las circunstancias en cuanto particulares, sino en cuanto son el medio necesario en el que Dios se nos da. Lo importante definitivamente es el Don y no su envoltura.

"*La gloria del Señor los envolvió en su luz*". Lucas presenta de manera plástica el tema de san Pablo: "*la manifestación de la gracia de Dios*", de su designio salvífico, su benignidad y humanidad. Con Jesús ha venido y se manifiesta la gracia, la bondad y la filantropía de Dios. Para Pablo la gloria de Dios resplandece en el rostro de Jesús.

Lc 2,9.

Tt 2,11.

Tt 3,4.

II Cor 4,6.

Sobre Jesús niño resplandece la gloria de Dios. José y María primero, y los pastores después, son los que la contemplan y la anuncian. A los após-

toles les toca dar a conocer y reflejar la gloria de Dios en el rostro de Cristo. El anuncio del ángel a María y a José se continúa en el de los pastores, y estos prefiguran el anuncio de los apóstoles.

“Esto les servirá de señal: encontrarán al niño en vuelto en pañales y acostado en un pesebre”. El signo no es ninguna cosa extraordinaria. Dios se manifiesta en lo ordinario e insignificante. José no aparece, en el nacimiento de Lucas, pero indudablemente estaba presente. Si para los pastores fue importante “ver” a Jesús, mucho más lo debió ser para José. El primer contacto de Jesús con el mundo exterior fue el ver y oler a María y a José. Todo es para ellos una experiencia de Dios encarnado. Si “*María conservaba todas estas cosas en su corazón*”. Indudablemente José debió hacer otro tanto.

En el evangelio de Mateo, el nacimiento de Jesús es extraordinariamente escueto. “*Y —José— sin haberla conocido, dio ella a luz un hijo*”. Como es frecuente en el Antiguo Testamento, el “*conocer*” se refiere a la relación marital, por lo que en este versículo se afirma de nuevo la concepción virginal de Jesús, y en perfecta consonancia con lo que dijo previamente: “*Antes de empezar a estar ellos juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo*”.

Tanto el Evangelio de Lucas como el de Mateo hablan de un nacimiento normal y de una concepción milagrosa, “*por obra del Espíritu Santo*”, donde el Espíritu se presenta como la fuerza y la vida de Dios que se comunica al hombre, como también es lo ordinario en el Antiguo Testamento.

De no ser así, el Espíritu vendría siendo el padre de Jesús. Lo que se opone a la doctrina trinitaria, a la naturaleza de Dios, Padre de Jesús, y a Jesús Hijo unigénito de Dios.

José debió entender que la concepción de Jesús por María era un milagro excepcional, “*por obra del Espíritu Santo*”. Toda concepción la comprendían como un milagro y favor de Dios. Pero ésta tenía características únicas.

La necesidad y la importancia de la educación paterna se fundan en que los padres son puente indispensable entre el niño y el mundo. El choque con el mundo es tan fuerte que, sin padres, el golpe sería mortal. El mundo es tan hostil que el niño no sabría ni podría salir adelante después de haber nacido. Todo absolutamente es desconocido. Sus pañales y el pesebre son su contacto con el mundo exterior. El pesebre no fue una cuna hecha por José sino un comedero ordinario de animales.

A un niño recién nacido su madre lo amamanta, pero su padre lo acaricia y se identifica con él pegándolo a su cara “*Fui para ti como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia ti para darte de comer*”. Cf Os 11,1-9.

La circuncisión de Jesús

La circuncisión de Jesús es un dato aceptado por todos los exégetas como estrictamente histórico. En épocas muy antiguas estaba relacionada con ritos de iniciación a la vida matrimonial y a la procreación, esta práctica se tomó probable-

mente de los egipcios. Los habitantes preisraelitas de Caná la ignoraban.

- I S 14,6. Hch 7,8; Ex 4,25. En Israel se asumió como señal de alianza con Yahveh y signo de obediencia, como pertenencia al pueblo y a la comunidad en la fe. La circuncisión es el *“sello de la justicia de la fe”*. Debía traer a la memoria los deberes de la alianza. Y era también un signo distintivo entre los otros pueblos. Su institución se remontaba a Abraham, padre de los creyentes y de los circuncisos.
- Rm 4,11. Dt 10,1; 30,6; Jr 4,4; Ez 44,7; Gl 5,3. Jc 14,3; I S 14,6; 2 S 1,20. Gn 17,9-14; Rm 4,12. Gn 17,12. Lc 2,21. Fl 3,5; Jn 7,22. Lc 1,59.
- En el Génesis se prescribe que la circuncisión se realice a los ocho días del nacimiento. Significaba un rito de incorporación al pueblo de Dios y al tiempo del Mesías. En la antigüedad la realizaban los padres de familia, sirviéndose de un cuchillo de pedernal, pero después la llevaban a cabo personas especializadas y probablemente se realizaba en la sinagoga o en el templo de Jerusalén. En el evangelio de Lucas leemos que el Bautista *“fue llevado”* a ser circuncidado. Muy probablemente también Jesús fue llevado a la sinagoga, y no lo circuncidó José en su propia casa.

Con el signo de la circuncisión se unía la imposición del nombre. Es de advertir la importancia que estos momentos debían tener para José y María que, como justos, cumplían perfectamente la ley mosaica. Y no solo la importancia de tipo ritual, sino espiritual y emotiva.

Jesús debió llorar fuertemente como todo niño herido y José, que muy seguramente era quien lo sostenía en brazos, debió sentir, por una parte

el dolor de Jesús en su corazón, pero también el orgullo de ser el padre adoptivo de un nuevo israelita.

La imposición del nombre de Jesús

Éste llevará un nombre bastante común: Jesús, que significa Dios salva. Pero la salvación de Dios no puede ser más plena que la que se nos da en éste niño de nombre Jesús.

La Iglesia siempre ha sabido que Jesús no fue un huérfano, no le faltó la imagen paterna. Más aún, esta imagen fue quizá el elemento decisivo del conocimiento de su relación con Dios. José, lejos de impedir la confianza de Jesús en Dios, era quien la inspiraba y la alimentaba. A Dios no le estorba José sino que en él se revela como Padre amoroso. Dios, con su cercanía no destruye o sustituye a José, sino que lo hace más autónomo, más él mismo y más papá de su propio Hijo.

En el tiempo del Nuevo Testamento estaba unida la circuncisión a la imposición del nombre. Este rito identificaba a la persona con su fe. Se era fulano de tal y al mismo tiempo israelita. Esta obligación pertenecía por derecho al padre de familia, no a la madre, puesto que la mujer le daba hijos al hombre. Y el hombre era el primer responsable de la familia. Esto lo leemos con claridad en el evangelio de Mateo donde es José quien le impone el nombre al niño: *“A quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados”*. En Lucas leemos que el ángel dice a María: *“Vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús”*. Lo que de alguna manera es

Lc 1,59; 2,21.

Lc 1,62.

Mt 1,21.

-
-
- Lc 1,31. una referencia implícita a su virginidad. Pero es claro en Lucas también que la obligación y el derecho de poner el nombre corresponde al padre, como dice el ángel a Zacarías, en el capítulo 1,13: *“Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; será para ti gozo y alegría y muchos se alegrarán por su nacimiento”*. Aquí la alegría y el gozo van ligada en primer lugar al padre de familia, en este caso a José, como debió suceder también en el caso de Jesús.

La alegría de un padre de familia al tener un hijo varón y primogénito, era inmensa porque era más que la extensión de sí mismo. José no debió considerarse menos padre debido a la concepción milagrosa de Jesús. Para un judío de su tiempo, toda concepción era como un milagro y el ser humano le pertenecía a Dios en primer lugar. *“Habló Yahveh a Moisés, diciendo: “Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de los hijos de Israel son míos, tanto de hombres como de ganados”*.

- Ex 13,1. *“Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ¿qué significa esto? Le dirás: Con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto, de la casa de servidumbre. Como el Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahveh mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico a Yahveh todo primer nacido macho, y rescato todo primogénito de mis hijos”*.
- Ex 13,14s.

La presentación en el templo y el rescate

Estaba prescrito que el bebé se presentara en el templo como nuevo hijo de Israel a los cuarenta días de nacido. José debió hacer con gran devoción esta peregrinación, de Nazaret a Jerusalén, que duraba alrededor de cuatro días —100 Km.—. *“Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”.* A José le tocó, por derecho y responsabilidad paternal, presentar a Jesús en el templo para ser circuncidado e imponerle el nombre establecido por Dios, así como también presentarlo en el templo.

Lc 2,22.

La presentación en el templo era una especie de consagración, que hacía alusión especial al dominio de Yahveh sobre todas las cosas. La ley ordenaba que todo primogénito humano o animal era propiedad de Yahveh, que debía ser consagrado a él, sacrificarse y morir. A los animales se les aplicaba esa ley al pie de la letra. Pero dado que Dios no se complace nunca con sacrificios humanos, el primogénito de una familia no debía morir, sino que tenía que ser rescatado. Esto obligaba al padre, a los treinta días a partir del nacimiento. El primogénito venía a ser de forma especial propiedad de Yahveh, y algo que le pertenecía particularmente, porque representaba a toda la familia. Y hacía alusión explícita a la manera como Dios había rescatado para sí a los primogénitos de Israel en Egipto y a Isaac para Abraham. José, en este caso, hace alusión

Ex 31,1; 13-16.

Gn 22,8s.

implícita a Abraham, que rescató, por medio del sacrificio de un cordero, a Isaac.

La ley del Antiguo Testamento prefigura a Cristo a quien Pablo llamará “*Primogénito de toda la creación*”. Para José, Jesús era su hijo primogénito. Para san Pablo, Primogénito de todos los hombres que habían de morir y resucitar.

- Dt 26,1.11. Segundo la dinámica de los ritos de primicias Jesús debía de ser sacrificado, lo que significaba total entrega a Dios, pero según los ritos de rescate debía ser sustituido –rescatado- por un cordero, o en caso de extrema pobreza por unas palomas. Porque Dios no se complace en la muerte de ningún ser humano. José ofreció un par de tórtolas. Este es un dato claro de la extrema pobreza en que nació Jesús y de la pena que debió sentir José al no tener un cordero blanco de un año y sin ningún defecto para que sustituyera a Jesús.

Las palomas de José se ofrecían en lugar de Jesús; y el niño Jesús representaba a toda la familia humana y a todo el universo. La Virgen le debió entregar el niño a José, para que él lo entregara como propio, y al mismo tiempo lo rescatara como ajeno. Porque ya no le pertenece, le pertenece a Dios, pero lo rescata, es decir, lo vuelve a recibir para atenderlo, educarlo y formarlo.

Como ser humano, a Jesús lo formó José. Al mismo Jesús, a quien María formó en su vientre, y a quien dio a luz después de nueve meses. Desde el punto de vista psicológico, uno de los factores que más influyen en la masculinidad de un niño es su propio padre; de él va aprendiendo la for-

ma de hacerse hombre. Y más cuando el padre le enseña el modo de vestirse, y de conducirse como israelita, hasta el modo de ganarse la vida.

La purificación de María

José lleva a María para su purificación, que se realizaba a los cuarenta días de haber dado a luz. La purificación de una mujer es la desaparición de una impureza ritual, que se da por la sangre o por el contacto con la sangre. Por ejemplo una mujer, por sus menstruaciones, se hace impura, o después de haber dado a luz, también por la comunicación sexual. La Iglesia siempre ha entendido que la Virgen nunca fue impura por comunicación sexual. Y que la purificación fue de orden ritual, no moral.

La impureza ritual es un estado en que se reconoce la santidad y trascendencia de Dios en relación con el hombre. Viene a ser como un obstáculo a la comunicación con él, es una forma de veneración de lo sagrado en la vida humana. En la Sagrada Escritura, lo santo y lo impuro son cualidades que se contagian. La eliminación de la impureza se le llama santificación. La impureza no necesariamente estaba vinculada con el orden moral. Era más bien un signo de lo sagrado en la vida ordinaria. Se podía caer en impureza y automáticamente, pero, con el paso del tiempo, siete días, salir de ella. No suponía un acto de contrición, porque no era propiamente un pecado.

A Yahveh que es santo no le agrada la impureza. Este es el fundamento de la legislación de Israel al respecto. Las leyes de Israel sobre la pureza

Ez 44,19; Ez 29,37;
30,29; lo impuro:
Lv 15,4-12; 20,28.

Flavio Josefo,
Antigüedades I, XI.
Lv 15,1s.

Lv 11,44s; 19,2; 20,7.

son leyes religiosas. Significaban la trascendencia de Dios sobre la condición humana.

Para Jesús no tiene importancia la pureza ritual, solo es importante la pureza moral, la pureza del corazón. Para san Pablo, Jesús, con su vida, muerte y resurrección, nos libró de toda impureza a la que estaba sometido el judaísmo y en la Economía de la salvación, nada es por sí mismo impuro.

Mc 7,15. Gl 5,1; 4,3. Rm 14,14; Hch 10,15; 11,9.

La purificación de la Virgen María después del parto fue un acto de obediencia legal y de purificación ritual con respecto a lo mandado en el Antiguo Testamento: *“Cuando una mujer conciba y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días, será impura como en el tiempo de sus reglas. Al octavo día será circuncidado el niño en la carne de su prepucio, pero ella permanecerá todavía treinta y tres días purificándose de su sangre. No tocará ninguna cosa santa, ni irá al santuario hasta cumplirse los días de su purificación”*. *“Presentará al sacerdote a la entrada de la tienda de reunión un cordero de un año, como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado. El sacerdote lo ofrecerá ante Yahveh, haciendo expiación por ella, y quedará purificada del flujo de su sangre. Si no le alcanzara para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones, uno como holocausto —de purificación— y otro como sacrificio por el pecado”*.

Lv 12,2-8.

Según la fe de la Iglesia, José y la Virgen María cumplen con estos ritos como hijos de Israel, pero no tanto como una necesidad de purificación real, que en el caso de María no se daba, so-

bre todo en cuanto a la purificación del pecado, a causa de su virginidad y por tratarse del Hijo de Dios, a quien ella había hecho también, en la historia, Hijo del hombre.

José y los magos

Mt 2,1-12.

Es sabido que el rey Herodes —el grande— murió cuatro años antes del nacimiento de Jesús. El relato refleja la creencia popular de que cada persona está representada por una estrella que aparece en su nacimiento, quizá por eso Mateo habla de “*su estrella*”. Ningún cuerpo celeste se puede identificar con la estrella de Belén. Se podría interpretar como “*la estrella que surge de Jacob*”, alusión a David, e interpretada en sentido mesiánico. Por otra parte ninguna estrella puede posarse sobre una casa; dada su lejanía se posan sobre medio mundo, que es desde donde se puede ver su luz.

Nm 24,17.

Los elementos importantes del relato: los magos de oriente, la estrella, la entrevista con Herodes, son inverosímiles. Aquí aparece claro que la intención del evangelista es catequética y teológica, no histórica. Hay que aceptar el sentido legendario y mítico del pasaje, que no carece de sentido teológico: desde su infancia todo pueblo reconocerá en Jesús al Mesías e Hijo de Dios.

Jesús es Rey de los judíos, pero Mateo hace que los primeros en reconocerlo sean los gentiles, Lucas los pastores pobres, judíos. Los judíos ricos, representados por el rey Herodes, informados de su nacimiento permanecen indiferentes.

-
-
- Mt 2,11. “Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y puestos de rodillas lo adoraron”. Es de advertir que en este momento, que es el culmen del relato, no aparece José. Que en el texto de Mateo es un personaje de suma importancia. Quizá para que en la catequesis se hiciera notar que Jesús es Hijo de Dios. Idea vinculada con la adoración: “puestos de rodillas lo adoraron”.

Según el relato evangélico que tiene sentido teológico y no histórico, preguntarse qué hizo José con el oro, incienso y mirra resulta una pregunta fuera de lugar. Pero los regalos sirvieron para hacer notar la naturaleza de Jesús. Incienso, como al Hijo de Dios, mirra como a un hombre que ha de morir, oro como a rey con corona de espinas.

José huye a Egipto

- La huida a Egipto está en la misma línea de la adoración de los magos, solo que en este relato se le da su lugar a José: Dios se comunica con José en sueños, tanto para que huya a Egipto como para que regrese a Nazaret. “Él se levantó, Mt 2,21. tomó consigo al niño y a su madre y entró en tierra de Israel”.

- Mateo aplica a Jesús, como Hijo de Dios, el texto Os 11,1. de Oseas: “De Egipto llamé a mi hijo”, cuyo original se refiere a la salida de Egipto del pueblo de Israel, y al pueblo en su conjunto, como hijo de Dios. De esa manera Mateo hace que Jesús viva en su propia persona la historia del pueblo de Israel.

José vuelve a Nazaret

Por tercera vez Dios se comunica en sueños con José para indicarle que regrese pero no a Judea, sino a Galilea, a Nazaret. Se habla de una profecía inexistente: “*Será llamado nazareno*”, pero será cierto que a los primeros cristianos judíos se les llamará nazarenos. En la aparición a Pablo, Hch 24,5. Jesús se llama a sí mismo “*nazareno*”. Su lugar Hch 22,8. de origen lo identifica. José, debió tener casa y sus pequeñas propiedades en Nazaret, por eso Mc 1,24; 14,67; 16,6; Lc 24,19; Jn 19,19. vuelve a Nazaret. Allí Jesús crecerá y se desarrollará. El Evangelio hace notar que la Virgen, después de la visita a Isabel, vuelve a Nazaret, “*a su casa*”. Lc 1,56. Su casa debió ser la de José, su esposo.

Durante su infancia Jesús recibió todo de José, como de un papá providente. Lo recibía no como algo que se le debía sino como un regalo que expresaba el amor personal. Por eso la confianza, el amor y el abandono en Dios son requisitos Mc 10,15; Mt 18,3. para entrar en el reino de los cielos.

En el tiempo en que Jesús vivió las casas solían ser pequeñas. Eran lugares para dormir solamente. Se vivía y se trabajaba fuera de casa. Las casas tenían puertas y ventanas pequeñas. Por la noche, eran bastante oscuras, por lo que se solía dejar una lámpara de aceite encendida como símbolo de que la casa estaba habitada, y por la noche la luz tenue servía para poderse mover si era necesario.

Para dormir se tendían pieles de ovejas o una especie de alfombra en el piso de tierra apretada y barrida. En su primer año de vida Jesús dormía

al lado de María de modo que ella solía estar al pendiente de cualquier movimiento del bebito; para consolarlo si lloraba, cubrirlo si tenía frío o amantarla si tenía hambre. Muy seguramente Jesús dormía entre José y María. Hasta los tres años el niño era amamantado y dependía totalmente de la madre. Lo enseñaba a comer alimentos sólidos: queso, dátiles, higos, el pan que ella misma hacía como tortillas de harina

Para un niño de cinco años dormir con su papá es toda una ilusión. Jesús lo debió registrar como

Lc 11,7. un recuerdo de su infancia. Ningún papá es capaz de dar a su hijo una culebra cuando le pide

Lc 11,11. pescado, ni una piedra, si le pide pan. Todo papá parte cariñosamente el pan cuando se lo pide su hijo. O ¿qué papá hay que si su hijo se le cae a un pozo no lo saca al momento, aunque sea sábado?

Lc 14,5.

Un niño, cuando es muy pequeño, no tiene mejor cuna que los brazos de su madre; y cuando es un poco más grande no tiene mayor ilusión

Lc 11,7. que dormir con su papá. Su papá es autoridad, fuerza, protección y entrega por amor. Ningún miedo es superior al papá. *“Él me libró de todos mis temores”.*

Sal 34,5.

José un padre libre, consciente y responsable

Desde un punto de vista genético, la paternidad consiste en engendrar y dar origen. Desde un punto de vista humano, que tenga en cuenta todos los aspectos de la persona, la relación paternal consiste en el cuidado, la continuidad y la responsabilidad en el desarrollo del hijo. Esta fue la misión de José con respecto a Jesús. No

podemos decir que se dé una paternidad humanamente completa cuando no se da el cuidado y la responsabilidad en el desarrollo de un nuevo ser; aun cuando se dé la paternidad genética.

La paternidad humana se encuentra naturalmente más fundamentada sobre la conciencia, la libertad y la responsabilidad. La paternidad genética de Jesús quiso Dios que dependiera solamente de él por medio de un milagro inusitado en la Escritura: la virginidad de María. La relación paternal de cuidado, protección y responsabilidad que se mantiene a lo largo de la vida en sus distintas etapas es lo más propio de un padre; y eso es lo que se pidió a José aquí en la tierra.

José un hombre sabio, para Jesús

El niño es aquél que todo lo pregunta. Y José, como cualquier papá, es aquel que todo lo sabe. Los padres ofrecen las primeras respuestas. Las respuestas, frecuentemente inexactas, son las únicas “verdaderas” para el niño, porque son las únicas que puede entender. La condición divina de Jesús fue algo tan grande que hizo posible que Jesús se hiciera tan pequeño.

Cuando niño, probablemente le tocó a Jesús, bajo la atención de José, lavar perfectamente las ollas por dentro y por fuera. Y quizá entonces advirtió que lo importante para Dios no era el Lc 11,39. lavado de las ollas, sino la pureza del corazón.

Generalmente las aves pequeñas atraen especialmente a los niños. Los pajarillos, por su tamaño, sus colores, su canto y su capacidad de volar, despiertan la imaginación de los niños. Sueñan

que pueden volar como ellos. Jesús debió volver del mercado feliz con un par de pajarillos que José pudo haberle comprado con una moneda de poco valor.

Mt 10,29.

José hombre de trabajo

El evangelio nos dice que José era un carpintero: “*¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Santiago, José, Simón y Judas?*” “*¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?*”, El oficio de José se ha de entender como jornalero. Un hombre que vivía de su trabajo y que estaba dispuesto a hacer lo que se necesitara. Posiblemente, como casi todos los galileos, tenía algún campo y ovejas. José enseñó a trabajar a Jesús cuando éste tuvo edad para hacerlo.

Mt 13,55.

Jn 10,1s.

Lo primero debió ser, enseñarlo a cuidar las ovejas, a ir delante de ellas, pero atento a que no se rezagara ninguna. A llamarlas por sus nombres. A algunas él mismo se los habrá puesto. Aprendió a buscar la que se perdiera hasta encontrarla. A curarla si estaba herida. José le enseñó a Jesús a ser un buen pastor, a cuidar las ovejas como propias, no como un asalariado.

Mt 13,4.

Es posible que también haya aprendido de José a sembrar la semilla en el campo. Advertiría que al esparcir la semilla no todas caen en buena tierra, y que la tierra, que es como el corazón de los hombres, es capaz de dar mucho, poco o ningún fruto.

No cabe duda que la mayoría de las parábolas de Jesús tienen sabor de experiencia personal.

José como maestro carpintero

El evangelio de Mateo nos dice que José era un carpintero, pero podría haber sido también un jornalero, es decir, un hombre que vive, con los suyos, de su trabajo principalmente. Claro que podría tener otras pequeñas fuentes de ingreso, pero la principal era el trabajo de sus manos. Para Marcos, Jesús es también un carpintero, que aprendió de su padre el oficio, y que trabajaba como su padre, y con su padre.

Mt 13,55; Mc 6,3.

Quizá, en más de alguna ocasión, José y Jesús estuvieron esperando que alguien les diera trabajo. Y se levantaban temprano para estar desde las primeras horas en el lugar en que los capataces contrataban a sus jornaleros. Eran de los que esperaban su denario por el trabajo de todo el día. José y Jesús estaban dispuestos a realizar cualquier trabajo, desde simples cargadores de material hasta expertos maestros de obra. También estaban dispuestos a trabajar en cualquier parte, porque Nazaret no era una ciudad donde abundara el trabajo. Bueno, tal vez no en cualquier parte: menos en las ciudades paganas como Tiberíades y Séforis, que se construían al estilo pagano, con costumbres, gimnasios, estatuas y templos griegos. Esas ciudades fundadas en territorio galileo, eran una ofensa para los judíos galileos. Tal vez por eso, ni siquiera aparecen en el Evangelio.

Mt 20,2s.

Jesús, en Nazaret, no siempre fue un niño. Creció. Fue un preadolescente, un adolescente, un joven, un adulto.

Lc 2,40; 2,52.

José, como padre, se sintió satisfecho al tener un hijo, semejante a él pero independiente, consciente y responsable que piensa, juzga, decide y actúa por sí mismo.

José, padre atento y delicado

Durante su infancia, muy seguramente Jesús se enfermó más de alguna vez. Lo que debió preocesar a José y a María porque se ocupaban no solo de su alimentación, sino también de su salud y bienestar. Imaginemos a Jesús con un fuerte resfriado. Esta acostado en una especie de zarzo, suspendido por cuatro cuerdas de una viga del techo. Era una especie de cuna que servía para arrullar al niño. José esta junto a él cuidándolo para que no se caiga y frotándole las manitas y los pies para calentarla un poco. María le prepara un té muy caliente. Y como los niños fácilmente se enferman y fácilmente se restablecen, al poco tiempo Jesús está jugando como si nada hubiera pasado.

José debió ser especialmente cariñoso con Jesús, y con un cariño incondicional, como lo da a entender la parábola del hijo pródigo cuando el padre de familia cubre de besos a su hijo.

Cf Lc 15,20.

José como educador

Jesús aprende de José todo cuanto un niño aprende de su papá: a caminar, hablar, comer, bastarse a sí mismo, tener amigos y tratar a los demás, a entender la Escritura con las categorías de su tiempo; a entender su propia misión a partir de la Escritura, y, sobre todo, por el fruto de una reflexión personal y una oración profunda

y extraordinariamente contemplativa. Así aprendió también a trabajar, a cumplir con sus obligaciones religiosas, a ser amable y humilde, a servir y no ser servido. José “se proyecta” en Jesús.

La responsabilidad de enseñar a los hijos varones a leer y escribir el hebreo recaía en el padre de familia. Jesús aprendió de José, en su primera escuela que fue el hogar, a leer la palabra de Dios y a escribirla. Muy probablemente sus primeras letras y palabras que reconoció fueron las escritas en la filacterias: *“escucha Israel, Yahveh es tu Dios, solo Yahveh”*. Rezar esta oración era una dignidad que solo pertenecía a los varones. La mujer no debía leer las Escrituras, ni intervenir, ni hacer preguntas en la Sinagoga. El mismo san Pablo afirma que si la mujer tiene algo que preguntar, se lo pregunte a su marido en el hogar y en privado.

La responsabilidad en la educación es una continua confirmación y, más aún, es una actualización de la paternidad humana, porque lo importante para el hombre no es solo venir al mundo, sino la forma de vivir en él.

Jesucristo depende de José no solo en la satisfacción de las necesidades materiales, sino sobre todo, y más profundamente, en el plano espiritual. Como todo niño, descubriendo a los demás, descubre su propia existencia, y su valor único. Aprende de José a servir y a darse a los demás, y al darse se revela a sí mismo y para sí mismo. Acogiendo a los demás y entregándose a ellos, Jesús vive lo que es. Jesús crecía, se iba haciendo

¹ Co 14,34-35.
¹ Tm 2,11-12; 3,10.

Lc 3,23; Jn 1,45;
6,42; Mt 13,35;
Mc 6,3.

persona psicológicamente sobre todo contemplando a José.

Nada influye tanto en un niño, en la formación de su identidad, como la contemplación de sus padres. Jesús entiende que él es “Yeshuá bar Yosef”, Jesús hijo de José, y así dirá su nombre y será conocido e identificado por sus contemporáneos. O también como “*el hijo del carpintero*”.

Indudablemente José enseñó a Jesús a ir al campo, a observar las flores que un día veía frescas y al día siguiente estaban marchitas. A llevar las ovejas, cuidarlas y traerlas a casa al ponerse el sol por la noche. Seguramente él las llamaba por su nombre y se sentía conocido por ellas.

Jesús va aprendiendo a amar a Dios por encima de cualquier satisfacción personal, como José. Su centro de gravedad es la respuesta al Padre en la libertad y el amor.

Normalmente cuando se trata a un niño con agresividad el niño se hace agresivo; y cuando se trata con amabilidad se hace amable. El Evangelio atestigua que desde su infancia Jesús fue extraordinariamente amable e indudablemente porque fue tratado con máximo amor.

Jesucristo llegó a ser como fue, comprometiéndose, acogiendo y amando a los demás. Jesucristo fue aprendiendo a ser no solamente para sí mismo y para el Padre, sino también para los demás. Aprendió a recibir a los demás, a comunicarse, y a recibir la comunicación de los otros. La educación y el trato de su padre con los demás fue el mejor ejemplo para Jesús. Él sabía que del

corazón se pueden sacar cosas nuevas y viejas. Y por eso oía con todo interés las historias que le narraba José.

Viendo lo que son los otros y aceptándolos, se conoce a sí mismo y acepta a los demás. Jesucristo aprende que el amor a Yahveh con todo el corazón y con todas las fuerzas, se ha de poner en el amor al prójimo, porque este mandamiento no es sino la encarnación del primero. Jesucristo va aprendiendo a amarlos a todos, y con ese mismo amor ama al Padre en los otros. Jesucristo va aprendiendo que la manera de servir al Padre es sirviendo a los demás, y por eso ha venido a servir.

Jesucristo va aprendiendo que ni este mundo, ni los demás, son como deben ser; él mismo no es como debe ser: le falta crecer, lo mismo que al mundo y a los demás. Jesucristo tiene que ir aprendiendo dolorosamente a sufrir a los demás; a entender a los otros, a ser leal y sincero con ellos, a admirarse ante sus valores. Está aprendiendo a no detenerse en lo fenoménico, sino a mirar el corazón. La realidad de las cosas y el valor de las personas se captan con el corazón. Solamente se conoce a fondo lo que se ama. Y amando aprende lo que es el amor. Podríamos decir, con buen margen de seguridad, que a nadie amó tanto Jesús como a José. José era la imagen de Dios en la tierra para Jesús.

Lc 5,22.

José, como pedagogo

Aquí tomamos la palabra pedagogo en el sentido etimológico: el que lleva a la escuela. Pero Jesús

fue conducido no precisamente a la escuela, sino al templo, pues *“sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de pascua”* y a la sinagoga, y a todos los lugares a donde el niño debía o quería ir y no podía ir solo. José tuvo que enseñarle a Jesús a orientarse y a cuidarse. A buscar el mejor camino y a caminar con precaución.

La sinagoga en tiempo de Jesús no solamente era la reunión de los judíos en algún lugar, sino el lugar adecuado para la reunión. Se iba a la sinagoga todos los sábados y los días de fiesta. En Nazaret, como en todas partes, el ábside estaba orientado hacia Jerusalén, hacia el Templo. Allí se guardaban en un armario las Sagradas Escrituras y se tenía por ellas una especial veneración. Había bancos para los asistentes y un púlpito para el lector o comentador de las Escrituras. Los presentes podían hacer reflexiones. Toda ceremonia o estudio de la Escritura empezaba con el rezo del Shemá: *“Escucha Israel Yahveh es tu Dios, solo Yahveh”*, etc. La reunión se terminaba con la bendición del libro de los Números: *“Yahveh te bendiga y te guarde; que ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que te muestre su rostro y te conceda la paz”*.

Nm 6,24; Mt 5,25s. Hch 13,15. Había un presidente, que dirigía la ceremonia y designaba al lector y un ministro, encargado de los libros sagrados, había encargados del orden y del aseo.

Jesús va aprendiendo que en todo hay algo de belleza, de bondad y de verdad, pero no se detiene, como distraído, sin referirla al Padre. La referencia al Padre es para Jesús el valor más grande que encierran todas las cosas; y todo esto

lo va aprendiendo en el amor a los demás; en cierto sentido ellos se lo están diciendo.

Es claro que no hay que reducir el mensaje de Jesús y sus actitudes exclusivamente a lo aprendido en el recinto familiar. Jesús como adulto fue mucho más de lo que aprendió a ser desde niño. Dios se revela, se nos manifiesta y se nos da en todo su ser como vida e historia particular.

José compañero de juego

Para un niño es muy importante jugar. El juego es parte integrante de su desarrollo. Y antes de que Jesús tuviera amigos José tuvo que jugar con él. Para un niño frecuentemente la convivencia es como un juego. Jesús se identificó mucho con José, su papá “*Abbá*”, y lo más seguro es que esa identificación haya comenzado como un juego. No es difícil que hayan jugado a las escondidas. Este es un juego tan antiguo como cerrar y abrir los ojos. Otras veces pudieron jugar a montar, y Jesús montaba a José, y éste se prestaba al juego como burro, caballo o camello. Indudablemente que Jesús gozaba de un mejor panorama cuando iba sobre los hombros de José.

Es claro que Jesús tenía una fantasía increíble que pasaba de lo ordinario a lo poético y de lo poético a lo sublime. ¡Con que facilidad pasaba Jesús de lo ordinario a lo divino, de la tierra al cielo! Es posible que Jesús haya jugado con José a “la oveja perdida” o a la gallinita ciega.

Y cuando jugaba a las escondidas pensó: “Eso es lo que Dios hace con nosotros; buscarnos hasta encontrarnos. Como si fuéramos sus ovejas”.

Muy posiblemente Jesús tuvo una mascota, que pudo haber sido un perrito, o una ovejita negra. Jesús no tuvo hermanos carnales que de pequeño jugaran con él y, por lo tanto, su primer compañero de juego fue su papá.

Para José y María, Jesús era el Primogénito, lo que bíblicamente significaba un don especial al que debieron disfrutar como unos papás jóvenes disfrutan a su primer hijo.

José como modelo

Para un niño, en una familia funcional, el papá es siempre un modelo a seguir. La capacidad de admiración y amor, antes que en cualquier otra persona se centra en el papá. La cercanía es un elemento muy importante. El papá era la persona que siempre estaba en el momento en que se le necesitaba.

El niño aprende de su papá, incluso por mimesis: a hablar como él habla, en el tono y en la entonación; en el pretorio lo relacionarán con Mc 14,70. Pedro. Pero también hacía los mismos ademanes que José. Usaba las mismas expresiones. Su modo de hablar el arameo tenía un acento que lo caracterizaba como un habitante de la región de Mt 26,73. Galilea.

El arameo era la lengua paterna, aunque influenciada por los dialectos circunvecinos. El Evangelio nos conserva algunas palabras, seguramente pronunciadas por Jesús y propias de su lengua paterna. Como “*Elí, Elí!*”, *¿Lema sabactaní?* o “*Talitha qum!*”. El término para referirse

a Dios es el mismo que usa para referirse a José: “*Abbá*”.

En la cultura hebrea del tiempo de Jesús, la mujer no sabía leer ni escribir, y por tanto, en ese aspecto, María no pudo ser maestra de Jesús. En Nazaret Jesús leyó en hebreo y comentó en arameo, el texto de Isaías.

El papá, en el pueblo de Israel, enseñaba con su ejemplo a respetar las cosas y personas, a orar a todas horas, a dar gracias a Dios por todo: los alimentos, las cosas y sobre todo las personas. *“Te doy gracias, Padre; o yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños”.*

Lc 4,16.

Lc 10,21; Mt 11,25.

Israel es un pueblo que vive rezando. Cualquier buen judío, si entra o sale de casa, por la mañana, por la noche y a medio día, si se traslada o va de viaje debe rezar oraciones prescritas. Un israelita vive y reza a la luz de su fe como vive y trabaja a la luz del sol. Aun de adulto Jesús rezaba a todas horas. Tenía una forma particular de hacerlo al tomar los alimentos. Quizá desde pequeño, el rezo de Jesús se convertía en oración. Jesús sabe que más que rezar, lo importante es hacer la voluntad de Dios.

Lc 24,30; Mt 14,19.

Mt 7,21.

Jesús no fue solo un maravilloso ser humano. Su condición de Hijo de Dios encarnado sobrepasa lo natural y lo normal. No es solamente el fruto de su educación y de sus experiencias, sino que Dios se encuentra en su ser uniendo lo profundamente humano con lo excepcionalmente divino,

la naturaleza con la gracia, lo material con lo espiritual, la muerte con la vida eterna.

José, como “Padre de familia”
—Imagen existencial, viva, de Dios—

Los padres forman la atmósfera de atención que el niño necesita. Los padres son autoridad, protección y entrega por amor. Solo porque Jesús tuvo la experiencia de un gran papá, pudo llamar a Dios “Padre”. San Juan, el evangelista, y su comunidad consideró a Jesús como hijo de José: “*¿No es este Jesús, el hijo de José cuyo padre y madre conocemos?*”. Mateo nos dice que Jesús es descendiente de David por parte de padre.

Jn 6,42. Mt 1,16. Gl 4,4; Rm 1,1s. San Juan y san Pablo no hacen ninguna alusión a la virginidad de María, aun cuando pudiera ser oportuno y favorecer la fe en Cristo como Hijo de Dios.

Jn 1,12; I Jn 5,18.

Jn 3,3.
Cf Coment. Bíblico
san Jerónimo.

I P 1,3.
I P 1,23.

Juan no parece relacionar la concepción virginal de Jesús con la filiación divina de los que creen en Cristo, porque para él son verdades de distinto orden como leemos en el prólogo del evangelio de Juan: insiste en que nacer de Dios por la fe, ser hijo de Dios, nada tiene que ver con la generación humana sino que es don de Dios. —“jói”, Jn 1,13, en todas las versiones griegas es plural “*los cuales, quienes*” y se refiere a los que creen en su nombre—. La generación humana no está vinculada con la filiación divina recibida por la fe. En la primera epístola de san Pedro leemos; “*Dios nos ha reengendrado a una esperanza viva...por medio de la fe*”, “*Han sido engendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios*”.

Los primeros cristianos judíos —ebionitas— no encontraron dificultad en aceptar la virginidad de María, puesto que muchos patriarcas y profetas habían nacido milagrosamente, pero no por eso aceptaban la plena divinidad de Jesús. Sin embargo José en el relato evangélico es un padre legal, casi oculto. La vida de Jesús, como la de cualquier ser humano, tuvo que desarrollarse por los caminos normales, sin que eso obstara a su condición de Hijo de Dios encarnado.

En una cultura nada lejana a nosotros es muy raro que los padres les expliquen a sus hijos cómo vinieron al mundo; muy probablemente ni José ni María le explicaron nada a Jesús.

José fue enseñando a Jesús a rezar, como lo manda el Deuteronomio: *“Escucha, Israel: Yahveh es nuestro Dios, solo Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes”*. Y en la ceremonia de Pascua: *“En aquel día harás saber a tu hijo: Esto es con motivo de lo que hizo conmigo Yahveh cuando salí de Egipto”*. Dt 6,7. Ex 13,8.

Era obligación del padre de familia enseñar a sus hijos las oraciones matutinas y vespertinas, los salmos, y explicar el sentido de los ritos. *“Interroga a tu padre, que te cuente, a tus ancianos, que te hablen”*. “Y cuando te pregunten tus hijos: Dt 32,7. *¿Qué representa para nosotros este rito? Responderás: Este es el sacrificio de la Pascua de Yahveh, que pasó de largo sobre las casas de los hijos de*

-
-
- Ex 12,26. *Israel, en Egipto*”. Y José tuvo que explicar con detalle y gran devoción los hechos y ritos de la celebración de la Pascua.

Jesús crecía a la sombra de José

- Este aspecto del crecimiento de Jesús ya aparece prefigurado en el Bautista: “*El niño crecía y su aspecto se fortalecía*” y en el de Samuel: “*El niño Samuel crecía ante Yahveh*”.

Es frecuente en la Sagrada Escritura que unos autores inspiren a otros; y los Padres de la Iglesia ven en las figuras relevantes del Antiguo Testamento preanuncios o figuras del mismo Jesús.

- Era costumbre antigua en el pueblo de Israel que la mujer se encargara del abastecimiento del agua en la casa. Con un cántaro sobre los hombros llevaba el agua de la fuente o del pozo al recipiente que había en cada casa para los diversos usos. El agua se guardaba en grandes tinajas de arcilla también en odres de piel de oveja. Era común que la mujer se ocupara de lavar los pies de su marido y de los invitados también, cuando los había. La virgen María debió lavar los pies de su esposo José cuando se sentaban a la mesa. Es interesante advertir que en el Evangelio aparece una mujer lavando los pies a Jesús, y Jesús lavando los pies a sus discípulos, que era función de mujeres y esclavos.

Jesús crecía en edad, sabiduría y en gracia. Iba penetrando cada vez más en el misterio de Dios y de sí mismo. Crecer en sabiduría significa ir haciendo cada vez más personales, como motivación interna, los grandes valores de Israel. Crecer

en gracia delante de Dios significa que cada día Jesús es el objeto del amor pleno de Dios. Dios se complace en Él, de la misma manera que un padre quiere cada día más a su hijo, sin que eso signifique que tenga al final lo que antes le faltaba. Podemos decir que Jesús se va haciendo y revelando el centro afectivo de Dios. Crecer en gracia ante los hombres significa que cada vez más Jesús se va ganando la benevolencia de la gente, la estima y la aceptación.

Pr 3,4.

El evangelio de Lucas hace mención especial a la obediencia de Jesús con respecto a María y José. *“Bajó con ellos y vino a Nazaret y vivía sujeto a ellos”*. La obediencia a José era como un signo sensible y claro de su obediencia a Dios a quien siempre consideró como su Padre del cielo, como aparece en la escena del niño perdido y hallado en el templo. El texto de Lucas afirma que Jesús, desde pequeño, tuvo delante la presencia y el amor a Dios como Padre, sin negar en lo más mínimo la importancia de la paternidad de José, de quien afirma enseguida que bajó con José y María a Nazaret, que les estaba sujeto. Es decir, que vivió bajo su obediencia. José tenía la autoridad y la responsabilidad de un verdadero papá. Y Jesús debía obedecer las indicaciones de José con la mayor naturalidad.

Lc 2,51.

Lc 2,41.39.

José y María llevan a Jesús al Templo

Lc 2 59.

San Lucas nos narra un acontecimiento que tiene gran fundamento en las costumbres judías. Pero solo él, el más griego de los evangelistas, lo ha recogido de la tradición de los primeros cristianos y le ha dado un significado trascendente.

Ex 23,17; 34,23;
Dt 16,16s.

La Tora mandaba que todo israelita se presentara en el templo con ocasión de las tres grandes fiestas. La Pascua, o fiesta de los ázimos, se recordaba y se celebraba la liberación de Egipto. En esa fiesta se comía el cordero y se ofrecían las primicias de la cebada. La fiesta de las semanas o de pentecostés, a los cincuenta días de la pascua, se ofrecían las primicias del trigo. La tercera era de las tiendas o tabernáculos, era el día de acción de gracias por la recolección de los frutos. La primera y la tercera duraban ocho días, y la segunda uno solamente.

No es seguro que las mujeres estuvieran obligadas a este peregrinaje, había rabinos que decían que sí, y otros que no. Para la pascua era más común que asistieran las mujeres.

Estaban exceptuados de la obligación de ir a Jerusalén los niños, las mujeres, los enfermos y los ancianos que no pudieran hacer el viaje a pie.

Los niños estaban obligados a partir de los trece años. A esa edad se consideraba que ya eran “mayores de edad religiosa”, es decir, sujetos que debían conocer y cumplir las obligaciones de un buen israelita, con respecto a los ayunos, a las ceremonias y a las fiestas.

San Lucas empieza el relato diciéndonos que “*José y María iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la pascua*” pero ahora, que Jesús tenía ya doce años fueron a Jerusalén, como solían hacerlo. Muy seguramente llegaban a la celebración un día antes, y se volvían a Nazaret un día después de la fiesta, puesto que el camino de Je-

rusalén a Nazaret se recorría en varios días de jornadas.

Es muy probable que tanto en la ida como a la vuelta se dividiera la familia de tal modo que los varones iban por una parte, probablemente más adelante, y las mujeres por otra, probablemente más atrás. Los niños, si eran sumamente pequeños, irían con sus madres, y cuando ya eran más grandes y podían caminar, con sus padres.

Es interesante reflexionar en la ilusión que tendría Jesús en ir a Jerusalén a ratos de la mano de José y a ratos jugando con sus amigos.

Antes de los trece años convenía que los niños fueran al templo para que se habituaran a cumplir sus obligaciones. Jesús debía ir vestido con su traje religioso, es decir, con su manto blanco de borlas en las esquinas, y con sus filacterias al frente y en el brazo izquierdo. Las filacterias, o pequeñas cajitas que encerraban cuatro pasajes principales de la ley, las amarraban a sus cabezas, de modo que la filacteria quedara en la frente, y las cintas corrieran por los hombros hasta el pecho. De esta manera interpretaban literalmente el precepto de Moisés que les mandaba tener frente ante los ojos y en su brazo los preceptos y beneficios de Yahveh. Dt 6,8.

Al acercarse a Jerusalén y divisar a lo lejos sus muralla, o la construcción impresionante del templo, empezaban a cantar o a rezar los salmos, Sal 84.122-121. hechos para tal ocasión.

“¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahveh! ¡Ya estamos llegando, ya se posan

nuestros pies en tus puertas, Jerusalén! Jerusalén, construida cual ciudad bien compacta, a donde suben las tribus de Yahveh, es para Israel el motivo de dar gracias al nombre de Yahveh. Porque allí están los tronos para el juicio, los tronos de la casa de David. Pidan la paz para Jerusalén: ien calma estén tus tiendas, haya paz en tus muros, en tus palacios calma! Por amor de mis hermanos y de mis amigos, quiero decir: iLa paz contigo! iPor amor de la Casa de Yahveh nuestro Dios, pediré todo bien para ti”.

Sal 122,1s.

La pascua se señalaba el quince del mes de Nisán y los siete días siguientes, o sea, durante la luna llena de marzo a abril. Esto debió ser para Jesús algo maravilloso: el día de su primera Pascua. El día catorce, después de puesto el sol, en grupos de diez a veinte personas, comían el cordero pascual, recordando la liberación de Egipto. Era el día de la fundación o constitución del pueblo judío. En la celebración Jesús debía estar junto a José para que le explicara de cerca el sentido de cada acto ceremonial.

Ex 13,14s.

Según la teología rabínica, en ese día, a los trece años y en la pascua, se colocaba en todo judío el yugo de la Ley, para que controlara sus pasiones y aprendiera a caminar según los caminos de Dios. Para un judío la Ley es como un yugo amado que se lleva atado a la cabeza por medio de las coyundas que vienen a ser la educación que se recibe. Las coyundas eran unas cintas de cuero que unían la res con el yugo. La educación es lo que une al pueblo de Israel con la ley de Dios.

A la mañana siguiente, los siete días de la fiesta, debió asistir, según la costumbre, al solemne sacrificio matutino y por la tarde al sacrificio vespertino acompañado de una bendición al pueblo y despedida. Terminado este conjunto de celebraciones los peregrinos podían volver a sus casas. Al regresar, se volvían a separar por grupos de hombres y mujeres, y los niños podrían ir, según su voluntad, con su padre o con su madre.

Pero sucedió algo inesperado para José y María. Jesús, sin avisarles se quedó en Jerusalén, más concretamente en el templo.

Lo que debió ser una gran preocupación para José que se sentía responsable de la familia, y obviamente también para María. Después de un día de camino, al caer la tarde, se dieron cuenta que Jesús no iba ni con uno ni con otro. Lo que los debió afligir terriblemente. Podían habérselo robado y vendido, como sucedió a Jacob cuando perdió a José, su hijo. Al no encontrarlo entre los grupos de peregrinos se volvieron a Jerusalén para seguir preguntando por él. Era ya el tercer día en que Jesús no estaba con ellos, porque tardaron un día de camino y otro de regreso. Solo quien ha perdido a su hijito por largo rato sabe lo que esto significa. Se experimenta una especie de autoreproche y de culpabilidad.

Gn 37,28.

Nos podríamos preguntar que hizo Jesús durante esos tres largos días. Dónde comió, dónde durmió, con quién estuvo. Al tercer día, José y María, que no se han separado en estos tiempos de angustia, deciden buscarlo en el templo, que es un lugar muy amplio de afluencia común, rodeado

por una especie de portales, probablemente bastante sucio por la cantidad de peregrinos que se habían apiñado en él días antes. Era costumbre que algunos de los rabinos aprovecharan esta afluencia de peregrinos para instruir a la gente sobre distintos puntos de su interés, también para responder a las preguntas de tipo doctrinal y jurídico que seguramente se les ofrecían, por ejemplo: ¿está permitido ir a la fuente por agua cuando el ánfora de la casa se ha roto y derramado el agua, o debemos quedarnos sin beber?

San Lucas nos dice que al tercer día encontraron al niño entre los rabinos, contestando y haciendo preguntas. Los rabinos preguntaban, por ejemplo, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley? Jesús estaba entre ellos, metido en la dinámica académica, porque el también hacia preguntas y daba respuestas. Ya se veía que tenía vocación de maestro de la ley.

Al encontrarlo José y María, le dice María: “*¿Hijo, porque nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos andado buscando llenos de angustia*”. José y María experimentaron la angustia de perder a Jesús pero también la inenarrable alegría de encontrarlo. En el relato de Lucas que como siempre le da una importancia especial a María, la pregunta es de María, aunque la hace en plural, incluyendo a José, y poniéndolo en primer lugar: “*Tu padre y yo*”. Pero desde el punto de vista histórico, pudo ser más probable que la pregunta la hiciera José, que era el jefe de familia, y que su pregunta tuviera un sentido de reproche y de regaño: “Jesús, ¿por qué nos has hecho esto? Tu

Lc 2,48.

madre y yo te hemos andado buscando durante días llenos de angustia. *Jesús les dijo: "Y ¿Por qué me buscaban? No sabían que yo debo estar en la casa de mi Padre".* Lc 2,49.

Jesús piensa como todo buen israelita que el templo es la casa de Dios, el lugar de su presencia, aunque todo lo llene, y que él, como Samuel, II Cro 6,18. como un niño fervoroso que siente una auténtica vocación y quiere dedicarse al servicio de Dios desde pequeño, el mejor y único lugar para hacerlo es el templo.

Jesús como un niño fervoroso de doce años, piensa que debe quedarse en el templo, para consagrarse a Yahveh, como cualquier chico que siente vocación a temprana edad, o como Samuel. IS 1,19s.

José no comprende

Lc 2,50.

"José y María no comprenden la respuesta que les dio". Que el niño se quedara en el templo, que era el lugar de la presencia de Dios, no era un acontecimiento difícil de comprender. Lo que el evangelista piensa que José y María no comprenden era el sentido trascendente de esa pertenencia de Jesús al Padre, que a juicio del evangelista, ya tiene ese sentido de pertenencia absoluta.

La relación de Jesús con Dios Padre no se opone a la paternidad humana pero tampoco es identificable con ella. Porque Dios es Padre, para Jesús y para todo ser humano, de modo trascendente. La paternidad de Dios tiene que ver con el modo de ser de Dios. Por eso es un Padre bueno por encima de nuestras maldades. Es Padre porque fundamenta y da la vida, porque nos impulsa y

sostiene, porque se une con nosotros, porque nos llama y plenifica. Pero no es padre en sentido sexual, ni de Jesús ni de nosotros.

La persona y la vida de Jesús rebasan la capacidad de comprensión condicionada por una cultura particular y por la limitación humana. Lo que sucedió particularmente a José, que en ese momento no tenía por qué darle un alcance más trascendente de lo que le ofrecían sus percepciones. ¡El niño Jesús se había quedado en el templo de Jerusalén sin la autorización de sus padres! Jesús se olvidó de avisar. De pedir permiso. Esto fue ocasión de gran angustia para ellos.

Indudablemente que su actitud pone de relieve su sentido religioso, su deseo de servir a Dios, su deseo de presenciar los ritos y servicios litúrgicos. Él podría decir como el salmista: *“Vale más un día en tus atrios que mil en mansiones, estar en el umbral de la Casa de mi Dios, que habitar en las tiendas de impiedad”*.
Sal 84,11.

A la respuesta de Jesús de ¿por qué me buscaban?, José podría haber dicho: porque te quedaste sin avisarnos y sin permiso, y Jesús contesta con otra pregunta ¿es que no sabían que para mí lo mejor es estar en la casa de mi Padre?

Hay comentaristas que opinan que esto refleja una conciencia clara de que Jesús es el Hijo de Dios. Lo cual puede ser el sentido del evangelio y de la mentalidad catequética de san Lucas. Jesús es el Hijo de Dios desde el vientre virginal de su madre. Pero no necesariamente de la conciencia de Jesús real e histórico, porque en ese caso

se trataría de una conciencia desencarnada, es decir, no expresada en la conciencia progresiva de Jesús niño. Lucas termina el relato diciéndonos que José y María “*no comprendieron la respuesta que les dio*”.

Flavio Josefo, que suele exagerar un poco estos datos para congraciarse con sus paisanos, dice que acudían a estas fiestas “tanta gente que pasaría de tres millones de peregrinos”. Aun disminuyendo esta cantidad, no cabe duda que las murallas de Jerusalén parecerían constreñir a tal cantidad de gente. Y obviamente se darían todo tipo de abusos, robos, riñas, engaños, falta de alimentos y altos precios. La gente de escasos recursos debió acostumbrarse a llevar un bastimento que ayudara a enfrentar las necesidades básicas.

El mensaje de Jesús y sobre Jesús solo está completo después de su muerte y resurrección. Debido a eso podríamos decir que durante su vida temporal Jesús fue incomprendido, no solamente por sus padres, los discípulos y todos sus contemporáneos, porque solo sería comprendido después de la resurrección y a partir de ella. Es obvio que Lucas proyecta ya en esos versículos la luz de la resurrección. Nada tiene de raro que José y María no comprendan plenamente el misterio de Jesús antes de la revelación plena.

Flavio Josefo,
Antigüedades de los
Judíos, X,4-5.

Jesús “les estaba sujeto”

José es la autoridad en su casa de Nazaret. La casa es pequeña, corresponde a los que en otro tiempo fueron las tiendas. Consta de dos o tres

cuartos pequeños con un patio de usos múltiples que generalmente se comparte con las casas vecinas.

- Hay espacio para dormir en el suelo por grupos. Los hijos por un lado, las hijas por otro. Un espacio para los papás, otro para guardar las pertenencias, podía ser una caja o una especie de baúl o arca de donde se podían sacar cosas nuevas y cosas viejas. El mobiliario era muy escaso debido a la falta de madera. La gente sencilla dormía en el suelo sobre una especie de colchoneta. Tener cama era propio de gente pudiente. Los enfermos usaban camillas, un bastidor con dos o cuatro patas pequeñas y con un jergón amarrado o cosido al bastidor. Jesús le dijo a un enfermo curado: *“Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”*. Donde había una cama, de unos cuarenta o cincuenta centímetros sobre el suelo, se usaba durante el día para comer, como sobre una mesa.
- “No se pone una lámpara debajo de la cama, sino sobre la mesa”*.

José es la autoridad en su casa de Nazaret. Él le dice a Jesús, por ejemplo: Jesús, dile a tu mamá —madre— que le baje la bastilla a tu túnica, o que le añada unas diez vueltas más, con su gancho o sus agujas, porque has crecido mucho y ya te queda corta. Recuerda que nunca te debes quitar la túnica ante nadie, solamente tu mamá y yo podemos verte en cendal —calzones—. Se ponía mucho cuidado en que los niños no anduvieran desnudos. El cendal era una tela triangular o rectangular que se colocaba por atrás y se pasa-

ba hacia adelante y se amarraba por las puntas a la cintura de modo que no se cayera.

El padre de familia era casi por definición un maestro de justicia, equidad y rectitud. El libro de los proverbios nos dice en sus primeros versículos: *“Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre, no olvides las enseñanzas de tu madre, pues serán hermosa corona en tu cabeza”*. La luz del hombre justo luce por toda la casa, los que más la disfrutan son sus habitantes. *“Educa al chico al comienzo de su camino, que luego, de viejo, no se apartará de él”*. Lo más precioso en la casa de José, era su esposa María. *“Su marido era reconocido en el pueblo, cuando se sentaba con los ancianos del lugar”*, *“iHay muchas mujeres valiosas, pero tú —María— las superas a todas!”*.

Pr 1,8.
Pr 22,6.
Pr 31,23.
Pr 31,29.

Evidentemente el valor máximo era Jesús, el primogénito, y después de Jesús, María. Por Jesús todos estaban impactados en Nazaret. *“Todos estaban admirados por las palabras llenas de amor que salían de su boca”*.

Es verdad que cuando Jesús era uno entre todos, gozaba de la estima y aceptación de toda su gente, pero cuando se separó de ellos para anunciar el reino de los cielos, todos se admiraron y hasta lo rechazaron. Nazaret estaba sobre una colina o un monte, *“lo llevaron a una altura escarpada del monte, para despeñarle”*.

Lc 4,22.
Lc 4,23s.
Lc 4,29.

Jesús no tiene nada en contra de la vida familiar o patriarcal; por el contrario es la imagen más clara y existencial que encontró para hablar de Dios y del Reino de los cielos. Para Jesús solo por

Mt 28,16; Jn 21,1s.

el reino de los cielos vale la pena dejar la vida familiar. Y todo aquel que cumple la voluntad de su Padre, es como su madre y sus hermanos. Cuando Jesús murió, los apóstoles volvieron a sus casas, —Emaús, Galilea— y cuando resucitó, volvieron a dejarlas. Y “la casa” era la imagen más bella para describir la vida eterna, donde se vive en comunión con Dios.

José oculto en la vida oculta

Es evidente que los evangelistas tienen especial interés en ocultar la figura de José. No es creíble que hayan tenido más información sobre detalles de la anunciaciόn de María que sobre el influjo de José en la educación de Jesús. Por otra parte, tampoco se puede suponer fácilmente que José haya muerto a edad temprana de Jesús. La actitud espiritual de Jesús, sus enseñanzas y parábolas, hacen pensar que estuvo existencialmente marcado por la figura paternal de José. Jesús no hubiera hablado espontáneamente del hombre que parte el pan para sus hijos, del jefe de familia que duerme en la misma cama con ellos, del hijo pródigo, si le hubiera faltado la figura paterna.

El amor se realiza en la salida de sí mismo. No hay amor más desinteresado que el que dispone de sí mismo para entregarse. El amor humano no es un movimiento instintivo sino un impulso consciente y libre. El amor es la ofrenda de José proyectada hacia Jesús. Cuando se hace el don máximo se trata de la máxima generosidad. El don máximo de José es el darse al Padre en su amor a Jesús. *“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”*. Jesús vio y fue apren-

Jn 15,13.

diendo a salir de sí mismo para la aceptación, el amor y la entrega a los demás a ejemplo de José.

Jesús va aprendiendo a no querer a los demás para sí, sino a quererse a sí mismo para los demás. Ama al Padre amando a los demás y amando a los demás se ama a sí mismo. Jesús va aprendiendo, en el seno de la familia, que el amor se manifiesta en la unidad. Por eso también el Padre y Él son una misma cosa, y por eso nos llama a la comunión de vida con Él, y nos dice que la vida eterna es estar donde Él está. Del amor de sus padres Jesús aprendió que el amor consiste en la comunión de vida, y por eso nos enseñó a formar una familia, a vivir como hermanos.

Jn 17,21-26.

Se fue dando cuenta que la unión no es confusión, ni mezcla, sino comunión de personas que las relaciona respetándolas, así trata a José y a María. La unión familiar era algo que los realizaba como personas. La familia es la tierra fértil donde se desarrolla la autoestima y la dignidad personal.

El amor a Dios y a los demás era ya algo de extraordinaria importancia para Jesús. Amar es completar la personalidad, y en el amor la persona se realiza. El amor de sí es anterior al amor del otro, pero es en el otro en quien se encuentra y donde está su sentido. Por eso es posible amar por encima de sí mismo. Jesús, amando, crecía en el amor; y entregándose, en la entrega.

Jesús fue aprendiendo a amar a los demás a través de signos en los que, como todos nosotros, quería estar presente. Pero sus signos, como

los nuestros, por ser signos y no revelarnos totalmente su contenido, pueden ser traicionados. Lc 7,36s. Pueden ser auténticos, como el de la pecadora, o falsos, como el de Judas.

Jesús fue creciendo en su amor, en su entrega, en su fidelidad al Padre y a nosotros. Jesús crecía, era un hombre en camino.

Él, que procede totalmente del Padre, es el autor de su propio desarrollo. Al hacerse hombre pasa por todo lo que significa para los hombres “llegar a ser hombre”.

Jesús, hijo de José, según se creía

Lc 3,23. “*Era, según se creía, Hijo de José*”. Al empezar a narrar la vida pública de Jesús, es importante la presentación que san Lucas hace de Jesús. Nos pone a Jesús en relación con su pueblo, Nazaret. Todos lo conocen como el hijo de José. Lo han visto trabajar y han convivido con él desde pequeño, a lo largo de treinta años. Jesús se ha ganado sus corazones por su presencia, su forma de ser y su modo de tratar a los demás. Cuando interviene en la sinagoga dando su punto de vista, explicando las Escrituras, preguntando o respondiendo, siempre han quedado “*impresionados por las palabras llenas de amor que salían de su boca*”. Jesús se ganó el corazón de sus conciudadanos y los llenó de ilusiones y de temores.

Cf Lc 2,52; 4,36; 4,28. Se le identificaba como el hijo de José. Ese era su nombre y de esa manera la gente se relacionaba con él.

La expresión de Lucas describe a Jesús como el hijo de una familia cualquiera del poblado de

Nazaret, en Galilea. Nada hacía pensar que Jesús fuera una persona extraordinaria. Era y actuaba como todos. Todos reconocían a su familia. *Mc 6,1-6; Jn 6,42.*
“¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿No están todas entre nosotros?” Por eso los desconcierta. Como *Mt 13,54; Lc 4,28.* dice el mismo Jesús: *“nadie es profeta en su propia tierra”.* *Lc 4,24.*

Jesús como primogénito de una familia tiene una marca de presencia en su clan familiar. Para todos, sin excepción, es el hijo de José.

La concepción milagrosa de Jesús es completamente desconocida. Solo José y María tienen alguna idea del misterio. Nunca lo han dicho a nadie y probablemente ni a Jesús. Jesús siempre ha tratado a José como a su padre natural; lo que no impide, sino facilita el que trate a Yahveh como su verdadero Padre celestial. Para san Lucas, que conoce y proclama el origen divino de Jesús, es muy importante advertir que aunque todos piensen que José es el padre de Jesús, sin embargo todos están equivocados. Porque el único Padre de Jesús es Dios. Por eso dice: *“era, según se creía, hijo de José”.*

Fue tan rica e importante la infancia para Jesús, que pensó que la mayor comunión con Dios para todo cristiano era como la de un niño con su padre. Y que *“ser como niño”* era una condición para entrar a la vida eterna. *“Si no cambian y se hacen como niños no entrarán en el Reino de los cielos”.* Por ese motivo enseñó a los discípulos a dirigirse a Dios con el término de *“Abbá”*, que *Mt 18,3; Mc 9,36.*

Rm 8,15; Gl 4,6. corresponde a papá, pero dicho con cariño de niño bien tratado y querido. El arameo del término hace caer en la cuenta de que ese atributo de Dios es más familiar que bíblico.

No es extraño el nombre de Padre para Dios, en la Biblia, pero tampoco es común. El término de “*Abbá*” de Jesús, es único. Solo Jesús y los cristianos llamamos a Yahveh “*Abbá, Padre*”.

La muerte de José

Mc 3,21.31s;
Mt 12,46-50;
Lc 8,19.21.

Jn 2,1.
Mc 3,32; 3,21.

Es prácticamente seguro que José murió joven, antes de que Jesús empezara su vida pública, probablemente a los 25 años de haberse casado y tal vez como a los 42 ó 45 años de vida. Esto lo podemos imaginar porque a un judío lo casaban normalmente alrededor de los 17 años, y José no aparece para nada, ni siquiera en los momentos en los que debería aparecer, en la vida pública de Jesús. Hubiera sido inusitado que María y Jesús asistieran a las bodas de Caná y no José, como jefe de familia, que María, acompañada de los familiares, fuera a advertir a Jesús, y no José.

Qo 9,9; Pr 8,19. José vivió el tiempo de su vida breve con la mujer que amaba, educando, protegiendo y contemplando, no solo en el corazón, sino con sus ojos, al Mesías Hijo de Dios. Y amando a Yahveh con todo el corazón y durante toda la vida, como hombre justo y santo. Pero en el plan de Dios estaba llamarlo pronto para que no presenciara la muerte de Jesús, sino desde el cielo y con el corazón y los ojos del Padre-Dios.

José formará a Jesús en el sentido humano y religioso de todo buen israelita, para luego morir

habiendo completado su obra antes de que Jesús comenzara a anunciar el reino de los cielos.

Y podría decir junto con Simeón:

“Ahora Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto tus ojos mi salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel”. Lc 2,29.32.

La muerte de José debió ser sumamente dolorosa para Jesús y María. Ambos debieron estar todo el tiempo junto a él hasta que, dejando caer la cabeza, entregó su espíritu. Luego, si antes no lo había hecho, le puso la filacteria de la frente, y enseguida la del brazo izquierdo. Después lo cubrió con el manto de borlas y pronunció solemnemente y con voz entre cortada el Shemá: *“Escucha, Israel, Yahveh es nuestro Dios, solo Yahveh; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes; las atarás a tu mano como una señal, como un recordatorio ante tus ojos”.* Esta fue la primera oración que José le enseñó a Jesús cuando Jesús todavía no sabía hablar. Ahora se la repite Jesús al oído, cuando José no puede hablar. Luego lo bendice como tantas veces fue bendecido por él: *“Que Yahveh te bendiga y te guarde; que ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que Yahveh te muestre su rostro y te conceda la paz”.* Dt 6,4-8.

Nm 6 24-26.

Si 12,7; 1 Tm 6,16.

2 R 14,16; Jb 14,12;
Hch 13,36; 1 Co
11,30;15,6.18.20.51;
1 Ts 4,13s.
Rm 5,12.17; 6,23; 1
Co 15,21s.

Lc 23,46.

Para Jesús, la muerte era el paso de esta vida al reino de Dios en el cielo. No la comprendía como separación del alma y del cuerpo; esa era una forma de pensar no propiamente judía sino más bien griega. Para Jesús el ser humano dejaba de existir en este mundo para estar con Dios. Morir era como un “acostarse” a descansar, como él mismo se acostaba con José para dormir. José se iba a acostar con Dios para luego levantarse, resucitar. Morir era devolverle el espíritu a Dios, el que había recibido cada quien desde su creación, para volvérsele a Dios que es el único inmortal. Jesús considera la muerte desde una perspectiva de resurrección, no de inmortalidad. Lo que resucitará es el hombre entero, como fue ante Dios aquí en el mundo y esta vida es como un germen o principio de vida eterna que se dará en la resurrección. Jesús conserva la imagen de ir “a acostarse con sus padres”. Pablo que es heredero de la tradición sapiencial ve la causa de la muerte en el pecado.

Jesús no atribuye la muerte al pecado ni la personifica, como si fuera alguien que llega inesperadamente. Lo que acontece es la muerte que de alguna manera todos llevamos dentro. Porque cuando se nos dio la vida se nos dio el privilegio de poderla entregar en manos de Dios cuando él nos llame. La muerte tenía un sentido profundo de obediencia. —Señor, cuando tú quieras—.

El pueblo de Israel veía en una larga vida la consecuencia de una vida justa, y en la muerte temprana la consecuencia de una vida no justa. Esa manera de pensar, con ser judía, muy segu-

ramente no fue la de Jesús, dado que en los casos de muerte temprana, como la hija de Jairo o la muerte de Lázaro o el hijo de la viuda, nunca hizo ninguna alusión al pecado, y, como José, él mismo morirá joven a pesar de ser un hombre justo.

Mc 5,22; Lc 8,41.
Jn 11,1s; Lc 7,12.

El entierro debió ser según las costumbres en ese tiempo, en las afueras de Nazaret. De esa manera cumplió Jesús su obligación de enterrar piadosamente a su padre José, como Isaac sepultó a Abraham.

Lc 7,12.
Gn 25,7s.

No se ponían los cadáveres en un féretro, sino que se les llevaba, cubiertos con una sábana, en una especie de camilla, al lugar de la sepultura, que siempre estaba en las afueras de la ciudad. La Virgen iba llorando acompañada de Jesús que también lloraba, como lo hizo en la muerte de Lázaro y mucho más. Porque el amor es causa de sufrimiento y éste no se opone a la fe en la resurrección.

Jn 11,35.

El pueblo de Israel era muy expresivo. Hasta exagerado en sus expresiones. Cuando una persona moría había que manifestar el amor a base de llantos y lamentaciones públicas. *“Jesús se echó a llorar”* por la muerte de Lázaro, *“los judíos decían: miren cómo lo quería”*. Hasta se contaban personas que tocaban música fúnebre con flautas y otros instrumentos, y también mujeres que fueran a llorar aunque no conocieran al difunto. Es de suponer que estos excesos no se dieron en la muerte de José, aunque no parece que en otras ocasiones Jesús las haya rechazado.

Jn 11,35.

Mt 9,23; Lc 7,32;
Mt 11,17.

Se colocaba el cuerpo en una fosa no muy profunda, luego se echaba tierra sobre él. Si se trataba de una persona pudiente se le enterraba en un sepulcro cavado en la roca. A José se le enterró de forma ordinaria.

El duelo que debía hacerse duraba siete días y éste terminaba con un rito de purificación. No debía hacerse por más tiempo.

Para un israelita los muertos, aquí en la tierra están muertos, no vivos. Eso significa que su mundo es el *sheol*, que era como una región, una morada común que constituía la región de los muertos, una tierra de sombras habitada por quienes perecieron. El *sheol* no se pensaba como un lugar individual, como una tumba, sino como un lugar común. De ahí resucitarían los muertos.

I P 3,19;

Hch 2,27.

Jesús creía firmemente en la resurrección y por lo tanto que José resucitaría como él para estar con Dios Padre.

Los israelitas solo dan culto a Dios y no a los muertos, aunque sean Abraham, Isaac y Jacob, Moisés o David. A ellos se les recordará pero no se les venerará. A ellos se les honra cuando se vive la fe de los antepasados.

Mt 13,55; Mc 6,3.

A la muerte de José, Jesús se convirtió en el jefe de familia. Jesús vivía con María, su madre, pero muy probablemente también con sus parientes o hermanos: Santiago, José, Simón y Judas y ellos con sus respectivas mujeres e hijos. Debió ser una familia unida cuyo primer dirigente fue José, pero una vez que José murió, automáticamente Jesús, como primogénito, se convirtió en

jefe de familia, hasta el momento de anunciar el reino. Jesús, con la mayor naturalidad del mundo y como lo pidió a sus discípulos, dejó todo para cumplir con la misión que el Padre le había confiado. Lc 14,26.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Volumen I, II, Flavio Josefo. Ed. Clie, 2013.
- ANTROPOLOGÍA DEL ANTIGUO TESTAMENTO, Wolff Hans Walter, Ed. Sigueme. Salamanca, 1975.
- DICCIONARIO DE LA BIBLIA, H. Aag, A van den Born, S. de Ausejo. HERDER 1996.
- DICCIONARIO DEL NUEVO TESTAMENTO, Xavier Leon-Dufour, S. J. ED. CRISTIANDAD, Madrid 1977.
- EL JUDAÍSMO DE JESÚS, Mario Javier Saban, Argentina 2008.
- EL LIBRO del génesis, VON RAD GERHARD, Ed. Sigueme. Salamanca, 1977.
- EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO, Martin Noth, ED. CRISTIANDAD, Madrid 1976.
- EL MUNDO DEL NUEVO TESTAMENTO Vol. I-II, J. Leipoldt y W. Grundmann, ED. CRISTIANDAD, Madrid 1973 y 1975.
- ENSAYO SOBRE EL PENSAMIENTO HEBREO, TRESMONTANT CLAUDE, Ediciones Turus, Madrid 1962.
- EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO, P. Bonnard, ED. CRISTIANDAD, Madrid 1976.
- JERUSALEN EN TIEMPOS DE JESÚS, Joachim Jeremias, ED. CRISTIANDAD, Madrid 1977.
- LA DOCTRINA DE YESHÚA DE NAZARET, Tresmontant Claude, HERDER, Barcelona 1973.
- LA GUERRA DE LOS JUDÍOS, Flavio Josefo. Ed. Gredos, 1999.
- ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA CRISTIANA, TRESMONTANT CLAUDE, Editorial Casal I Vall, Andorra 1963.
- TEOLOGÍA DEL ANTIGUO TESTAMENTO VOL. I Y II, Von Rad Gerhard, Ed. Sigueme. Salamanca, 1978.
- VOCABULARIO BÍBLICO, Von Allmen. ED. MAROVA, S. L. Madrid 1973.